

PER ÁSPERA AD ASTRA

Enrique Péllach Feliu
Obispo Emérito de Abancay

PER ÁSPERA AD ASTRA

DATOS DEL AUTOR:

Llegó en el primer grupo de 5 sacerdotes en 1957, para acompañar Monseñor Ignacio María de Orbegoza y estuvo con él en Yauyos, hasta 1968. Ese mismo año fue nombrado Obispo de la recién creada Diócesis de Abancay, en la que estuvo hasta el 2003, cuando se retira por límite de edad. Ha publicado recientemente un libro muy interesante sobre su vida como sacerdote y obispo: Misión en el Trapecio Andino.

PER ÁSPERA AD ASTRA

En la primera mitad del Siglo XX había en el Perú, un grave problema por falta de clero secular en las Diócesis. La Nunciatura Apostólica de Lima, en la década de los años 50, planteó a la Santa Sede una solución: crear Prelaturas Nullius; así se podrían nombrar Prelados no nacidos en el Perú, dado que la norma constitucional para nombrar obispos era que fueran peruanos nacidos en el Perú, pero no, para nombrar Prelados Nullius, que además podrían traer sacerdotes para solucionar la grave escasez del clero nativo.

La primera Prelatura Nullius que crea Pío XII en el Perú es la de Yauyos, en 1957, con un territorio difícil que comprendía las dos provincias civiles de Yauyos y Huarochirí, en la Cordillera Occidental de Los Andes. Estas dos provincias pertenecían a la arquidiócesis de Lima desde su fundación, en el Siglo XV, pero por la gran dificultad geográfica habían quedado sin sacerdotes que las atendieran correctamente.

La Santa Sede encargó este territorio "que no quería nadie" al Fundador del Opus Dei, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, para que con un Prelado y sacerdotes seculares solucionara el angustioso problema.

Fue nombrado Prelado Mons. Ignacio María de Orbegozo y Goicoechea, sacerdote secular del Opus Dei, bilbaíno, Doctor en Medicina y en Sagrada Teología, que comenzó la labor sacerdotal en la nueva Prelatura Nullius con cinco sacerdotes de las diócesis españolas de Teruel, Pamplona, Segovia, Tuy-Vigo y Gerona, todos ellos miembros de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz; que formaron el primer equipo sacerdotal de Yauyos. En años siguientes llegaron otros equipos de sacerdotes seculares, empeñados en roturar aquella viña del Señor encargada al Opus Dei, con el mismo espíritu de San Josemaría, que impulsó desde el comienzo, la idea de conseguir sacerdotes nacidos en la misma Prelatura.

Para entender mejor este -llamémosle-"Fenómeno Teológico", sigamos algunos pasos de la labor que comenzó en Yauyos con un Prelado y cinco sacerdotes diocesanos de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

Aquellos seis hombres jóvenes (menores de 30 años y algunos un poco más) emprendían el arduo trabajo sacerdotal, con el espíritu del clero diocesano. No dependían de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide -que así se llamaba entonces la Congregación para la Evangelización de los Pueblos-. Ni se llamaban "misioneros" ni lucían la típica barba del misionero ni otra insignia. Se afeitaban diariamente y vestían con sencillez la sotana propia del clero diocesano; y si necesitaban vestirse de otro modo para cabalgar o por otros motivos razonables, se les distinguía siempre como sacerdotes por el alzacuello blanco. Eran sacerdotes seculares diocesanos cien por cien y trataban de vivir el espíritu inspirado por Dios a San Josemaría Escrivá, en su vida diaria. Recibían la atención humana y espiritual conveniente con la debida frecuencia, a pesar de las distancias y de los altos cerros andinos, que podían separar.

Su manera de vivir era la propia de una familia sacerdotal diocesana; por eso ninguno debía sentirse solo y, desde el comienzo, Mons. Orbegozo estableció que vivieran al menos dos en cada parroquia, para acompañarse y ayudarse mutuamente.

Además les visitaría con la debida frecuencia el Prelado o algún sacerdote, en su lugar de trabajo y cada mes tendrían juntos un día de retiro espiritual y otro de descanso y vida de familia, aunque esto exigiera para llegar al punto de reunión siete, doce y quince horas de cabalgar tramontando alturas de 5.000 metros y para el regreso otro tanto. "Lo primero es lo primero" -dice el refrán-, y la atención personal estuvo siempre en primer lugar.

La noche de acogida y descanso se hacía corta; todos teníamos muchas cosas que contar. Y Don Ignacio en aquellas noches no tenía secretos y además se cantaba a coro preparando la cena y especialmente de sobremesa; gustaban las canciones italianas de Modugno y las rancheras mexicanas a todo pulmón.

El día siguiente era para hacer el retiro en paz, que predicaba con frecuencia algún sacerdote venido de Lima. Don Ignacio solía darnos la charla o plática centrada en temas de la Prelatura. El broche de oro era leernos alguna carta de nuestro Padre, breves pero inolvidables que en algún párrafo nos decía: *Que os queráis mucho,*

que estéis siempre alegres, que comáis y descanséis bien, que me cumpláis las normas.

Luego venía la dirección espiritual de unos y otros, arreglar asuntos de curia y mil temas de la vida ordinaria en las parroquias.

El segundo día se dedicaba a hacer deporte o a ir de pesca o de caza. No es posible olvidar las desafiantes apuestas, de Don Ignacio a los nóveles cazadores: que él cazaría el doble de las perdices que entre todos, más una. Y siempre ganaba Don Ignacio; menos un día que fue el P. Manuel Lema -separándose del grupo- por la parte baja de la quebrada y fue matando en el suelo, las que los demás levantaban y llegaban cansadas, al fondo de la quebrada. Don Ignacio le decía: *¡Claro, tú no cazas, las matas en el suelo, vaya cazador!... Y Manolo respondía: Lo que cuenta, son las que cuelgan... Y en pesca, también una vez le ganó el Padre Samuel cuando consiguió pescar cien truchas, contadas una a una, mientras Don Ignacio alcanzó sólo 98.*

A veces era el fulbito lo que llenaba una mañana o una tarde, en la cancha que teníamos en casa, donde disfrutábamos juntos de unos partidazos a todo dar.

El P. Ricardo era el administrador y se hizo célebre su propaganda para la Cocoa, que costaba menos que el Nescafé *¡Hay Cocoa!... decía con entusiasmo; y así conseguía que no todos se sirvieran Nescafé...*

De aquellos retiros y vida de familia tan gratos, guardamos el mejor recuerdo. Eran un renovar el espíritu y el afán apostólico; era encontrarnos sacerdotalmente atendidos y disfrutar juntos el gozo de nuestra aventura sacerdotal en Los Andes.

Recuerdo mis años de Vicerrector del Seminario de Gerona, cuando veía a alumnos fervorosos que llegaban al sacerdocio con ansias de santidad y de eficacia apostólica y eran suficientes unos pocos años, para perder aquella ilusión de altura y quedar en una mediocridad deplorable. Les había faltado calor humano y sobrenatural; fraternidad y el poder vivir una auténtica vida de familia.

Cuando en la Universidad Gregoriana de Roma me dieron a desarrollar el tema: "El Clero secular diocesano que va a misiones", desarrollé la larga parte histórica, -que por cierto, no siempre fue edificante ni afortunada-; y añadí por mi cuenta, una segunda parte: "Cómo creía yo que tenía que ir". Lo resumía en dos puntos: 1º- Continuando siendo sacerdote secular diocesano, porque esta era su vocación, 2º- Con un grupo de sacerdotes que vivieran en familia, con el derecho y el deber de estar bien atendidos humana y espiritualmente, pasara lo que pasara.

El profesor elogió el trabajo y especialmente la segunda parte, pero dijo que era utópico; que no había existido nunca ni existía esta manera de ir a misiones, el clero diocesano.

Me pareció imposible que se me hubiera ocurrido a mí y no a alguien que pudiera llevarlo a la práctica. En el afán de encontrar lo que me parecía lógico, terminados los estudios en la universidad, recorrí toda Europa, visitando centros misionales y misioneros, preguntando, indagando... y nada. Al final tuve que admitir que el profesor tenía razón: no existía esta manera de ir a misiones el clero diocesano, que yo había imaginado y deseaba para mí. Regresé a Gerona resuelto a no ir jamás a misiones, porque ni quería enrolarme a una congregación religiosa -como me ofrecían-, ya que mi vocación era ser sacerdote secular diocesano, ni quería ir a hacer la guerra por mi cuenta, por la ineficacia y todos los peligros que llevaba consigo.

A los pocos meses en Gerona mismo me enteré, por Don Florencio Sánchez Bella que el Fundador del Opus Dei había abierto la posibilidad, tan buscada por mí. Los sacerdotes diocesanos podían ir a misiones o a países con falta de clero, siendo miembros de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, íntimamente unida al Opus Dei. Sería un grupo de sacerdotes diocesanos, con vida de familia y el compromiso formal de estar sacerdotalmente atendidos. Era exactamente lo que yo había buscado por toda Europa. Tuve la alegría de un gran hallazgo. Me habló del "Nihil Sine Episcopo" donde estuviera; que no había una doble obediencia; del Opus Dei recibiría la atención humana y espiritual. Claro que pedí de inmediato la admisión a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y a las pocas semanas me la concedían.

Gracias a San Josemaría Escrivá de Balaguer existe ahora este adecuado modo de ir, los sacerdotes diocesanos, a misiones o a países donde faltan sacerdotes, con la seguridad de tener una atención sacerdotal que les mantiene firmes y eficaces en el servicio a la Iglesia Santa.

La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz asegura al sacerdote diocesano, seguir esforzándose hacia la santidad y el buen servicio a los hermanos en España, en Los Andes y donde la Providencia le envíe; y no como misioneros sino como sacerdotes seculares.

MONS. ORBEGOZO

Conocí a Mons. Ignacio M. de Orbeago en Molinoviejo, Segovia-España, pasó un día con los que estábamos de convivencia allí. Estuvo genial contándonos cosas y lo pasamos muy bien con él. En un rato de tertulia nos contó que la Santa Sede había pedido al Padre, que el Opus Dei se encargara de un territorio del Perú y que él sería el Prelado. A esto nos preguntó: “¿Quién quiere venir conmigo?... necesito sacerdotes”. Levanté mi mano y exclamé: “¡Yo quiero, me apunto!”

Pasó el tiempo, casi dos años y un sábado a final de mayo, fue a Gerona a dar el Círculo Chiqui -Don José María Hernández de Guernica- y me dijo que si deseaba ir al Perú a trabajar con Don Ignacio que ese era el momento, porque iba a comenzar la nueva Prelatura de Yauyos y se necesitaban sacerdotes. Conseguido el permiso del Obispo de Gerona, Dr. Cartañá, me fui a Madrid a incorporarme a un Cursillo de la OCSHA (Obra de Cooperación Sacerdotal Hispano Americana) y a tramitar el pasaporte. El Cónsul del Perú en Madrid me atendió amablemente; me preguntó a qué iba, mis estudios, mi edad y cómo eran los otros sacerdotes que iban conmigo y le dije que eran muy buenos y más jóvenes que yo. Con aire de sorpresa me repitió la pregunta:

- ¿Y van ustedes a Yauyos y Huarochirí?
- Sí, porque allí faltan sacerdotes.

- Bueno, bueno, pero esto es como poner caballos pura sangre a trillar.

Posteriormente entendí la expresión del Sr. Cónsul al año de estar en Yauyos.

Desde Molinoviejo no volví a ver a Don Ignacio hasta desembarcar en El Callao. Allí subió por la escalerilla al "Marco Polo", para darnos un abrazote a los cinco sacerdotes que llegábamos, para comenzar con él la Prelatura de Yauyos.

Muy alegre y divertido nos llevó con el Land Rover por Lima y nos fue presentando al Nuncio Apostólico, al Cardenal Landázuri, al Presidente Manuel Prado y a diversas amistades suyas. Fueron cinco días de festejos y preparar la subida a Yauyos.

Las mujeres del Opus Dei confeccionaron un artístico tapiz con el escudo de Monseñor y su lema: PER ÁSPERA AD ASTRA (por lo áspero a las estrellas). Don Ignacio nos lo tradujo libremente así: "Por lo difícil, con una entrega generosa y llena de amor, al Cielo".

El 1º de octubre sacerdotes y amigos de Don Ignacio subimos a Yauyos (300 kms de Lima) con un autobús y Don Ignacio y el P. Torrella con el Land Rover. Al atardecer llegaron y tuvimos el recibimiento con las autoridades, el pueblo y la banda de músicos que tocaba con entusiasmo "*Sur le ciel de Paris*", como recuerda muy bien el P. Manuel Botas, que era el Conciliario del Perú.

INAUGURACIÓN DE LA PRELATURA

El 2 de octubre de 1957, con una misa solemne se inauguraba la nueva Prelatura de Yauyos y Huarochirí, encargada por la Santa Sede al Opus Dei.

En todo el territorio de 17.000 km² había solamente tres sacerdotes, dos peruanos y un norteamericano, el P. Kenard, los tres en la Provincia de Huarochirí.

El Prelado distribuyó a los cinco españoles recién llegados: el P. Jesús María Sada en Huarochirí con el P. Kenard; el P. Alfonso

Fernández Galiana y el P. José Pedro Gresa en Matucana con el peruano que siguió siendo el párroco por poco tiempo. Quedaba en San Mateo el otro peruano, que por estar enfermo Don Ignacio le consiguió una colocación en Ancón (Lima); el P. Frutos Berzal y yo quedamos en Yauyos con Don Ignacio y el Dr. Fanfi -Francisco Onaindía- que era médico, pero este último se encargó de poner habitables los galpones que nos habían alquilado, para hacer la Casa Prelaticia, que aún no estaba terminada y faltaba pintarla.

Don Ignacio fue llevando y acomodando a los sacerdotes que residirían en Matucana y Huarochirí. Mientras, el P. Frutos hizo su primera salida para atender la Fiesta Patronal de la Virgen del Rosario, en Tauripampa. Esta labor exigía una hora de ómnibus hasta Puente Auco. Luego en caballo, con un guía, por Aucampi seis horas hasta la Puna, altiplanicie donde estaba el pueblo. Se les hizo de noche y de pronto les salió un puma al camino, delante del mismo caballo.

-¡Bájate del caballo, Padrecito!, gritó el guía asustado.

Pero el P. Frutos le enfocó con la linterna, mientras iba buscando en el bolsillo un cuchillo pequeño para defenderse. El puma cegado por el rayo de luz, se detuvo; movió varias veces la cabeza para apartarse de la luz, pero estaba bien enfocado y decidió dejar la presa y se fue por entre los matorrales.

Fue un pequeño susto y el aviso de que ciertamente estábamos en mitad de pumas. Lo sabíamos, por esto había ido yo al Parque de Barcelona a ver cómo eran los pumas, antes de embarcarme.

En Tauripampa le contaron que pocos días antes habían matado dos pumas grandazos que se comieron un pastorcito y además mataron a dos de sus crías que encontraron jugando con la cabeza del pastor. Un trágico acontecimiento que lo puso en alerta.

Al día siguiente de la fiesta el P. Frutos celebró la Misa de Difuntos por el alma del pastorcito.

Cuando regresó a Yauyos nos contó la aventura, nos reíamos con Don Ignacio por el pequeño cuchillo con que el P. Frutos intentaba -como decía él-"morir matando".

PRIMERAS EXPERIENCIAS EN LA PRELATURA NULLIUS DE YAUYOS.

¡Cuánta catequesis explicando que no era comprar y vender una Misa como si fuera una vaca! Que la Santa Misa no se podía comprar porque tiene un valor infinito, que una Misa vale más que todo el oro y la plata del mundo. Y otras consideraciones parecidas, para ir formando a la gente sencilla en la buena doctrina.

En el contrato quedaba señalado además del estipendio, el día y la hora de la Misa del Patrón en el pueblo, que solían pedirla para muy temprano. Esta era la costumbre establecida que encontramos.

Al anochecer, víspera de la fiesta, se llegaba al pueblo. Por la noche teníamos en la Iglesia el rezo del Santo Rosario, cantos, catequesis y confesiones. Pero no se acercaba nadie a confesarse..., quizás alguna ancianita después de insistir mucho.

Al día siguiente, temprano tocaban las campanas y acudía el "cantor", un hombre del pueblo o de un pueblo vecino que tenía esta misión especial: "acompañar al señor cura a cantar la Misa"; y que cantaría lo que podría, porque las Misas eran aún en latín. El sacerdote preparaba el altar y se sentaba en el confesionario, esperando a la gente. Pasaban los cuartos de hora y no entraba nadie a la Iglesia. Avisaba al cantor que tocara nuevamente las campanas. Pasaba el tiempo y nadie venía. Desconcertado y nervioso salía yo mismo a la calle, llamando de puerta en puerta a la gente para que fuera a la misa, que era ya muy pasada la hora señalada...

-Sí, Padrecito, ya venimos...

-Comience no más, enseguida vamos...

Pasaba el rato y otro rato, pero no venía nadie.

- ¡Comienza, Padrecito! Me decía el cantor. Ya es tarde, Usted comience y la gente va a venir -enseguida.

Nervioso y sin entender nada, por fin me decidí a comenzar la Santa Misa cantada al Patrón del pueblo, con la Iglesia vacía; sólo asistía el "cantor" que bramaba a todo pulmón sus latines. Así hasta el último Evangelio, que entonces se rezaba.

En aquel momento, que precisamente terminaba la Santa Misa, se llenaba precipitadamente la Iglesia con toda la gente del pueblo.

¡Qué lástima! Me decía entre dientes; si hubiera esperado un poco más, sin tanta impaciencia..., toda la gente hubiera podido participar de la Santa Misa, pero ahora no queda más que la procesión. ¡Ni qué hacer!...

Se organizaba la procesión con el Patrón, que ya estaba en el anda adornado con flores; acompañaba todo el pueblo con gran devoción; unos hombres llevaban el anda avanzando con gran parsimonia, para que la procesión durara más. Algunas mujeres llevaban sahumeros de plata o sencillos recipientes de barro, con carbones encendidos, levantando humaredas de incienso al Patrón. Las niñas le echaban pétalos de rosa y flores silvestres. Acompañaba una banda de músicos, que hacía temblar las casas con el bombo y soplando con furia sus instrumentos o rascando violines con fervor. En las esquinas paraba la música, se rezaba una oración y se cantaba algo -más o menos adecuado- al Patrón y arrancaba el estruendo de los músicos avanzando la procesión un poco más adelante y así hasta el final, que entraba de nuevo a la Iglesia; pero antes, los que llevaban el anda hacían dar al Patrón tres inclinaciones, como bendición de despedida.

¡Realmente todo muy solemne y conmovedor!

Preguntaba después a la gente, por qué no asistieron a la Misa del Patrón.

Respondían con excusas: que les había ganado la hora... que tenían que vestir a las criaturas... que tenían que atender el ganado... Total excusas y más excusas, que ocultaban un secreto que no lográbamos ni vislumbrar.

Y así en un pueblo y otro pueblo; siempre igual. Lo comentábamos en casa desconcertados, porque a todos nos pasaba lo mismo. La gente no asistía a la Misa, que con tanto interés solicitaban; y siempre se llenaba la Iglesia cuando llegábamos al "Ite misa est".

Un día tuve que regresar al distrito de Hantán, que dista siete horas de caballo desde Yauyos, en donde había estado el mes anterior, para otra fiesta. Me había alojado en su casa de Don Crisanto, que era el encargado del templo; Don Crisanto era un hombre bondadoso de unos 60 años muy sencillo y cordial. Me propuse sacarle a él, el por qué no asistía la gente a la Misa.

Tuvimos la Misa al Patrón San Benito; asistieron Don Crisanto y el "cantor" de oficio, nadie más; ni siquiera la señora María, esposa de Don Crisanto que era una mujer mayorcita muy devota y rezadora. Como siempre al llegar al último evangelio, se llenó la Iglesia que es muy grande. Después de la procesión por todo el pueblo y muy pasado el mediodía, regresamos a la Iglesia para la oración final.

Terminado todo entramos a la sacristía, Don Crisanto a dejar la Cruz alzada y yo la capa pluvial. Al pasar la puerta la cerré por dentro con su llave así de grande... y la guardé en el bolsillo de mi sotana. Y mirándole con cara muy seria y voz fuerte le dije:

-Aquí nos quedaremos, Don Crisanto, hasta que me digas por qué no ha venido la gente a la Santa Misa, después de haberla solicitado con tanta insistencia y de haber tocado las campanas varias veces.

-¡No te molestes, padrecito! Les habrá ganado la hora...

-No me mientas, Don Crisanto. Las campanas se escuchan en todo Huantán, ¿Por qué no vino la gente a la Misa?

Como asustado, levantó los hombros indicando no saberlo y luego de un poco de silencio me dijo suplicante:

-Padrecito, ábreme la puerta para ir a apagar las velas.

-No, Don Crisanto. Aquí nos quedamos hasta que me digas la verdad.

Se puso serio y empezó a limpiar las vinajeras en absoluto silencio.

Al cabo de un rato le dije:

-Mira, Don Crisanto, es tarde y vendrá tu señora a llamarnos para el almuerzo, pero no le abriré la puerta; aquí nos quedaremos encerrados hasta la noche y hasta mañana y tu mujer llorará preocupada.

Se calló, pero muy nervioso caminaba de aquí para allá sin hacer nada. Un poco después tomó aliento y me dijo con sencillez y muy convencido:

-Padrecito, la gente no tiene que venir a la Misa... La Misa es "pal" Patrón. La Misa "no es pa gente". Si viene la gente, le roban la Misa al Patrón y luego el Patrón nos castigará, las sementeras no darán fruto, el ganado se morirá y los niños van a enfermar. "¡La Misa no es pa gente"! La gente viene al final, para acompañar la procesión, eso sí, y que el Patrón bendiga todo el pueblo, los campos, los animales y todo.

Me quedé sorprendido en silencio...

Y sin comentario saqué la llave y abrí la puerta.

En el viaje de regreso fui haciendo la oración con la respuesta de Don Crisanto: "*La Misa no es pa gente*".

Contándolo por la noche en Yauyos, hicimos con Mons. Ignacio todo un plan de catequesis sobre la Santa Misa, la Confesión y la Eucaristía.

Tengo otra experiencia curiosa y está, muy hermosa sobre la fe en la presencia real de Jesús en la Eucaristía:

En aquel primer año en Yauyos, al acercarse la fiesta del Corpus Christi, Don Ignacio me habló sobre la conveniencia de ir al

pueblo de Tupe, al Sur-Yauyos, a celebrarles la fiesta. Se lo habían pedido a él con mucha insistencia, diciéndole que era un distrito de mucha importancia y de gente muy religiosa, pero que no había ido por allí ningún sacerdote hacía ya bastantes años. Quedamos que iría yo.

Nos fuimos enterando de que realmente Tupe era un distrito de categoría en la Provincia de Yauyos y con unas características un tanto peculiares; por ejemplo, nunca los Incas pudieron conquistarlo, era gente fuerte y aguerrida. Se mantuvieron como una isla, rodeados por el Imperio Inca. Tienen lengua propia, el Kauki completamente diferente del quechua que se hablaba alrededor, usan vestimenta típica propia que les distingue a distancia. Fue en el Siglo XV que se rindieron por fin, a un misionero que llegó a Tupe con una gran Cruz con Cristo crucificado, que todavía hoy llaman "el Padre Conquista".

La víspera de la fiesta de Corpus Christi bajé de Yauyos hacia el Sur en ómnibus, dos horas, hasta Catahuasi. Allí me esperaba un Tupino con una buena mula. Él a pie y yo montado fuimos trepando cerros arriba seis horas, hasta llegar a Tupe, poco más de media tarde.

Me fui con las alforjas a la Iglesia y comencé a preparar las cosas en la sacristía. Vinieron enseguida los "Santos Varones", que así llaman a los doce hombres encargados de la fiesta de Corpus Christi. Traían una enorme custodia de plata dorada, que debía ser del Siglo XVII, y me preguntaron:

-Padrecito, ¿La preparas tú o cuidamos nosotros?

Pensé que se trataba de limpiarla, que siendo de plata dorada, unas veces lo hacían con algodón mojado en alcohol o kerosene o con agua jabonosa y secándola con un paño y así quedaba limpia y brillante. Les pregunté:

-Ustedes, ¿cómo lo hacían?

-Nosotros agarramos una cartulina blanca bien blanca y la recortamos redonda, eso sí bien redonda, y la ponemos aquí -

señalando el viril del centro de la custodia-, y por la noche la colocamos en medio del altar, con muchas velas y flores, para adorarla durante la vigilia. Mañana en la procesión la lleva el señor alcalde y nosotros llevamos el palio y la gente sigue detrás con la banda de música.

Disimulé mi asombro y les dije que este año mejor me encargaría yo. Y sobre la marcha comencé una catequesis lo más sencilla que pude. Saqué de las alforjas la caja de las hostias, el cáliz portátil y dos botellitas con vino y agua.

Fui explicando la Misa; al llegar al ofertorio, les mostré dos formas grandes y un puñado de hostias pequeñas; éstas, serán para los que quieran comulgar en la Misa. Ahora es pan, sólo pan hecho con harina de trigo y agua, sin levadura; se cocinan con dos planchas de hierro, calentadas al fuego.

-¡Ah, sí! Dijo uno de ellos ya viejito. Y sacó de un rincón una especie de tenazas de mangos largos, que tenían dos redondeles en los extremos marcando las hostias.

-Sí, esto es para cocer la pasta de pan y agua.

Una vez hechas las hostias, es puro pan. Pruébenlas. Partí unas cuantas y le dio un trozo a cada uno.

-No sabe a casi nada... dijo uno de ellos.

-¡Claro! es pan sin levadura, como la de la Última Cena de Jesús con los doce Apóstoles.

-Pero cuando yo diga las mismas palabras que dijo Jesús, -aquí les mostré las letras grandes que tenía el misal para la Consagración-; cuando diga sobre las hostias estas mismas palabras que dijo Jesús, ya no será pan sino Jesús mismo Vivo y Dios Verdadero. Pondré una de estas dos grandes en medio de la Custodia, para que todos podamos adorar a Jesús, Dios y Hombre verdadero. No será una cartulina redonda ni pan. El pan se habrá convertido en Jesús Vivo.

Comentaron enseguida entre ellos, entonces cuando hagamos la procesión, ¿será Jesús mismo que pasará por delante de nuestras casas?

-¡Claro que sí! será Jesús mismo bendiciendo a todos.

Luego seguí la catequesis con la Consagración del vino, que se convertirá en la Sangre de Jesús y continué con la Comunión de los buenos cristianos que se acerquen a recibir la hostia santa, que será Jesús Vivo, que nos ama tanto hasta morir en la Cruz, como ustedes ven en la imagen del "Padre Conquista". Por eso hay que confesarse bien antes, porque sería una gran lisura juntar a Jesús con el pecado.

Aquellos "santos varones" afirmaron enseguida:

-¡Claro, tienes razón, padrecito! en pecado no se puede.

Salieron aquellos doce hombres de la sacristía, entusiasmados por lo que habían escuchado, como un verdadero descubrimiento. Fueron con gran alegría diciendo por todo el pueblo, que tenían que confesarse todos aquella noche, para poder recibir a Jesús Vivo mañana en la Misa y que tenían que limpiar y barrer todas las calles y adornar con flores las casas, porque en la procesión pasaría Jesús en persona a bendecir todo y a todos.

Con verdadera alegría contemplé la mejor y más eficaz propaganda que jamás se hizo, para la fiesta del Corpus Christi.

Por la noche tuvimos el rezo del Santo Rosario y una sencilla y larga catequesis sobre la Confesión y la Eucaristía. Luego me senté en el confesionario y la gente se quedó en la Iglesia con más rezos y muchos cánticos en castellano, kauki y quechua, mientras yo iba confesando, cuan rápido podía, hasta casi el amanecer.

A las nueve de la mañana, cuando ya tenían el ganado en los pastizales y todo el pueblo limpio y adornado, comenzamos la Santa Misa con los "santos varones" en el presbiterio vestidos con albas limpias, algunas un poco rotas y todas más o menos planchadas. La gente muy atenta y enfervorizada llenaba la Iglesia. Comulgaron

muchísimos hombres y mujeres. Para los niños iría otro día, a prepararles mejor a ellos solos.

La procesión fue ordenada y solemne: delante iba la "Cruz del Padre Conquista" llevada por el alcalde, turnándose con las otras autoridades del distrito. Seguían los "santos varones" llevando el palio, yo en medio de él, con la pesada custodia y Jesús Eucaristía, seguía un grupo de violines y luego, toda la gente amontonada -no en hileras-, que cantaba a los acordes de la música.

Recorrimos todas las calles, bien barridas y regadas; pasamos por delante de todas las casas adornadas con guirnaldas o ramos de flores de jardín o silvestres, vi mucha retama y flor del Inca. Si una calle no tenía salida, íbamos hasta la última casa y regresábamos, porque todos querían que Jesús Vivo en persona les bendijera.

El recorrido duró más de tres horas y siempre rezando y cantando.

¡Qué alegría le pude dar a San Josemaría, contándole con detalle la fiesta de Corpus Christi en Tupe! él, que tanto nos animaba a dar buena doctrina y a tener confianza en la poderosa gracia de Dios.

EL ABANDONO QUE ENCONTRAMOS

Nuestro territorio había estado muy abandonado en todos los aspectos. Don Ignacio era el primer obispo que visitaba la casi totalidad de pueblos. Contaba, por ejemplo, que el último obispo que visitó el Noroeste de Yauyos fue Santo Toribio de Mogrovejo, que estuvo en Huáñec para un Concilio Limeño, en el Siglo XVI. Yo visité, por ejemplo, la Región de Langa y Langaico para que tengan una idea hacia ya 25 años que había estado por allí el último sacerdote. Estuve un mes por allí a 4.700 m. de altura atendiendo todo lo que pude. Había que casar a los abuelos, bautizar y casar a sus hijos y bautizar a los nietos, los hijos de sus hijos y un sinnúmero de tareas.

Atendía por las estancias de aquella inmensa Puna, una tarea tras otra y hasta desarrollé un método y es que cuando tenía un grupo

preparado, administraba los sacramentos y ¡ilisto! Recuerdo que una noche bauticé un grupo de 43, con un frío tremendo y además nevaba, "gran travesía la mía".

En la primera reunión que tuvimos en Yáuyos al iniciarse la Prelatura, Don Ignacio nos dijo que a la vuelta de los años, nos agradecería poder enviar al Padre, un resumen de la labor realizada en aquel territorio que la Santa Sede le había encomendado a él. Para poder hacer esto, cada noche al hacer el examen de conciencia, anotad también la labor realizada durante la jornada: cuántos bautizos, matrimonios, predicaciones, catequesis, confesiones, viáticos y horas de caballo.

Fuimos anotando todo y cada mes se hacía el resumen total de cada sacerdote. Y a los cinco años, cuando se anexó la Provincia de Cañete a la Prelatura, se hizo un resumen total y con un artículo se publicó en la revista española "Mundo Cristiano". Eran cantidades fabulosas. Sólo recuerdo una cifra: mis horas de cabalgar; sumaban algo más de 8.000 horas de caballo. O sea que traducido a cinco kilómetros por hora -que era lo normal-, resultan más de 40.000 kilómetros. Me sobrarían de haber dado la vuelta completa a la Tierra.

Lo importante era la labor realizada en aquel difícil territorio, con aquel hacer deportivo de Don Ignacio y fieles al espíritu de San Josemaría, que él personalmente iba alimentando con su oración, sus cartas y su cariño que palpábamos.

PRIMEROS REFUERZOS

Casi al año de inaugurar la Prelatura, en setiembre del '58, recibimos refuerzos: llegó un equipo de 6 sacerdotes que Don Ignacio distribuyó: Agapito y Manolo a Hungascar y Viñac en el sur de Yauyos; Vicente y Felipe a Quinches y Huáñec en el Noroeste de Yauyos y el flaco Feliciano y José Pérez a San Mateo y Lanaga de la Provincia de Huarochirí, residiendo uno en Huarochirí con el P. Jesús Mar y Pepe Pérez con los de Matucana.

Con esto Don Ignacio logró que ningún sacerdote estuviera sólo, perdido entre tantos cerros. Siempre de a dos o de a tres en la misma casa, para ayudarse y complementarse mutuamente.

LOS CABALLOS

Después de mucho, llegó la hora de comprar caballerías, cansados de caballos lerdos que no avanzaban y chúcaros que nos botaban. A Don Ignacio en Alis, una mula por poco le mata a patadas, después de botarlo al suelo. Y para variar a mí me botaron tres mulas. Necesitábamos buenas caballerías y también buenas monturas y completas de aperos, a la gente cuando no les faltaba una cosa se les rompía otra o simplemente las tenían viejas y descuidadas.

Don Ignacio se compró en Catahuasi un caballo negro y fuerte de buena altura y le llamó **Moro**. Yo compré uno en Quinocay, de un anciano que había hecho la guerra con Chile y que tenía fama de preparar bien los potrillos. Tenía uno lindo, pero me dijo que aún no sabía todo el abecedario y me dijo que me lo vendería al año. Y desde luego al año fui por él. Era un caballo fino color canela y le pusimos por nombre **Canelo**. Fue mi célebre **Canelo**, el mejor caballo de Los Andes, tan rebueno que unos años más tarde, después de prestarme un excelente servicio, murió a consecuencia de caerse un gran eucalipto seco, sobre el caballero de casa que le fundió la frente con una rama seca y le mató y se fue al cielo. Sí, se fue al cielo, al primer cielo en alas de los cóndores que se lo comieron y lo llevaron para arriba donde pueden llegar los caballos buenos. Y el **Canelo** lo era.

Era lindo cabalgar buenos caballos y también cuidarlos. Llegamos a ser diestros en tenerlos limpios y en herrarlos. Nos divertía apostar quién lo hacía mejor y más rápido; Don Ignacio herraba una pata y yo la otra, él una mano, yo la otra. Uno aguantaba la pata y el otro herraba. Poníamos en práctica que: "quien no se divierte es porque no quiere".

El P. Frutos cabalgaba un caballo más bajito, al que llamábamos **Motoneta** y el P. Manolo Lema tenía la **Gringa**, una mula blanca como un rayo de luna, mentada con admiración en todo el sur de Yauyos. También el P. Feliciano tenía una mula, la **Mulana**, que -cosa curiosa- era de paso peruano. Los demás padrecitos fueron consiguiendo caballos, para recorrer los pueblos y sólo haré mención del **Cachimbo** del P. Juan Calvo, que daba el espectáculo de ponerse vertical sobre las patas traseras con el jinete encima y sin caerse.

ESTADÍSTICA

En la primera reunión que tuvimos con Don Ignacio al inaugurar la Prelatura, nos dijo que cada noche, además del examen de conciencia, anotáramos las actividades sacerdotales hechas en día: bautizos, matrimonios, predicaciones, confesiones, comuniones, extremaunciones y horas de caballo, para que a la vuelta de los años pudiéramos informar al padre lo realizado.

Cuando a los 5 años se anexó a la Prelatura la Provincia de Cañete hicimos el recuento de todo lo anotado y se publicó en la revista española Mundo Cristiano. De cada tema había un sorprendente montón. Solo recuerdo que mis horas de cabalgar sumaban más de 8.000 horas, que equivalían a más de 40.000 kilómetros, o sea, que me sobraban para haber dado la vuelta a la Tierra.

NAVIDAD POR EL NORTE DE YAUYOS

Muchos de los viajes los hice con Don Ignacio: él con su Moro y yo con mi Canelo. Recuerdo que un año, en vísperas de Navidad, estaba preparando las alforjas para salir hacia el Nor-Yauyos a atender pueblos. Y fue que a Don Ignacio le dí compasión al ver que iba a pasar las navidades solito por ahí; estábamos cenando y me dijo:

- ¿Y si te acompañara?

- Como quieras. Hay que atender varios pueblos; van a ser varios días. Si quieres preparo tus alforjas, porque tenemos que salir temprano, a las dos de la madrugada.

- Yo preparo las mías. Tú prepara más cebada para los caballos.

A las dos de la noche, salimos de Yauyos; con 8 horas llegamos a la cumbre de 5.300 m de altura. Dejamos comer un poco a los caballos, mientras desayunábamos nosotros también.

Arreglábamos las monturas y con dos horas de bajada llegamos a Carania. Allí avisamos a la gente que el 27, de regreso, les celebraríamos la Navidad, seguimos una hora más y llegamos al pueblo de Piños; avisamos al primero que encontramos que el 26 por la tarde, tendríamos la Navidad. Con dos horas más llegamos a Alis, que está sólo a 3.100 m. de altura. Les dijimos que el mismo 25 a mediodía les celebraríamos la Misa de Navidad y les pedimos que por favor avisaran al pueblo de Tomas que allí la tendrían, por la noche, el mismo 25. Nos sirvieron refresco -Inca Cola- y seguimos con nuestro viaje, por el empinado atajo, a Yauricocha.

Yauricocha es un asiento minero con unos dos mil habitantes, a 4.700 m de altitud. Tardamos cinco horas en llegar y cuando lo hicimos caían copos de nieve y el frío era inmisericorde.

Entregamos los caballos a un obrero de la mina, para que les dieran buena cena y nos fuimos a la Iglesia, que estaba caldeada por la gente, que llevaba horas rezando y ensayando villancicos. Ambos nos pusimos a confesar, hasta el mediodía.

Don Ignacio celebró la Santa Misa de Noche Buena. Yo fui bautizando niños, un buen grupo, todos ellos tostaditos y chapositos por el frío, el aire y el sol de la altura. Terminamos casi juntos, Don Ignacio la Misa y yo los bautizos. Entonces delante de la Iglesia, de pie entre abrazos y felicitaciones navideñas, nos sirvieron un pocillo de chocolate clarísimo con un par de pancitos dulces, que nos supieron a gloria. Seguía nevando un poco. Pero eso no nos detuvo, ensillamos los caballos y salimos para Laraos deseando felices navidades a todos.

Era negra la noche; el camino subía cuesta arriba hasta unos peñascos agrestes, después todo era bajada por un valle hasta Laraos. Antes de llegar a los peñascos, seguramente que el Moro los vio y decidió un rotundo: ¡hasta aquí no más! y se echó de panza al suelo. Don Ignacio iba encima y no se cayó. Desmontó cómodamente y yo también, pero con susto, e hicimos levantar al caballo y miramos si tenía la cincha demasiado ajustada o qué estaba mal. Nos pareció que todo estaba bien y volvimos a montar. Dimos unos pasos más y el Moro de panza al suelo. Con la linterna inspeccionamos bien el caballo y la montura y todo estaba conforme. Montamos de nuevo y a

los pocos pasos, otra vez el Moro de panza al suelo. ¡Caramba con el caballo! montar y desmontar en aquellas alturas era bien penoso. Revisamos de nuevo dando vueltas al caballo con la linterna que ya también decía basta. Entonces Don Ignacio se puso delante del caballo y sujetándolo bien le dio en el morro tres o cuatro sopapos bien fuertes como aviso enérgico y nos montamos. Seguimos adelante sin más mañoserías. Se diría que el Moro entendió que "quien manda, manda". Don Ignacio comentó que seguramente tenía el morro frío y con los sopapos se lo había templado. Así se acabó el problema. Me dan ganas de decir que como médico: "quien sabe, sabe".

Cruzamos aquellos peñascos y luego, bajar y bajar hasta Laraos. Pero, mientras íbamos bajando y bajando, y para variar yo medio dormido, Don Ignacio se dio cuenta de que íbamos, hacía rato, suavemente por camino plano, ¿no será esto una acequia? me apeé y palpando, porque no se veía nada, me di cuenta que era realmente una acequia sin agua. Yo iba con el Canelo delante, y al cruzar la acequia, no me di cuenta que el caballo agarró lo más fácil, cansado de tanto bajar.

- Y ahora, ¿qué hacemos?

- Si regresamos, nos perdemos, porque... ¿dónde estará el camino?

- ¿Entonces?...

- Mira, Ignacio, los caballos ven de noche aunque esté tan oscuro; jalamos la rienda de la derecha y si ven que pueden bajar, llegamos al fondo del valle que es donde está el camino.

- Prueba; a ver si aquí acabamos la fiesta.

- Tenemos que agarrarnos bien a la baticola con una mano, para no salir por las orejas.

- Y encomendarnos a los Custodios, por si áca!!! ,dijo Ignacio.

Dicho y hecho; jalé la rienda de la derecha y el Canelo miraba y miraba como hacia abajo sin decidirse. Tuve que animarle hablándole suavemente... y se decidió con primer paso indeciso... y allá fuimos a trancas y barrancas, ¡Dios Santo que pendiente! a duras penas nos mantuvimos en las sillas; baja y baja, y por fin llegamos al fondo del valle y allí estaba el camino. Se detuvieron los caballos y lanzaron un par de sonoros resoplidos, para botar la respiración retenida durante la pendiente y a nosotros nos salió una gran carcajada que subió hasta el cielo. Sin duda Don Ignacio aún recuerda aquella aventura y ahora que está allá arriba, sigue gozándola y agradeciendo a los Santos Ángeles que bajaron con nosotros aquella noche negra, por la pendiente y desde la acequia casi plana y sin agua.

Arreglamos las monturas que se habían bajado hasta el cuello de los caballos; y ya bien despabilados, comenzamos la media hora de oración de aquella madrugada de Navidad, mientras seguíamos bajando y bajando.

Llegamos a Laraos a las 6 de la mañana. El pueblo estaba todavía dormido. Subí a la torre y toqué con ganas las campanas. ¡Era Navidad! Salió la gente de las casas asustada y muchos en camión que, en sí, era lo que tenían puesto.

¿Qué pasa?... ¿Qué sucede?... ¿Qué hay? preguntaban con espanto.

Don Ignacio les decía: “¡Vamos a tener la Misa de Navidad!”

- Ah! Ah!... es que están tocando ARREBATO!

Yo seguía tocando con alegría la Navidad. Subió el campanero a la torre y él sí sabía; tocó a Misa y hubo gran alegría en el pueblo.

Uno de los que acudió, a medio vestir, a la Iglesia, fue el Alcalde de Laraos, que después de saludarnos con alegría, nos invitó a pasar a su casa, para desayunar porque era muy temprano aún. La Misa sería a las 8. para que la gente tuviera tiempo de prepararse.

Ya en casa del alcalde, mientras su esposa nos preparaba el desayuno, nos pusimos a conversar. Contó el alcalde que en Laraos había protestantes.

- ¿Usted es protestante?. Le preguntó Don Ignacio.

- He sido, pero ya no soy nada.

- ¿Cómo es eso?

- Como casi nunca venía el sacerdote, que era el único de la provincia y además era Alcalde Provincial y no tenía tiempo, vino un Pastor evangelista, habló bonito y con mi mujer nos hicimos evangelistas y comenzamos a asistir a su capilla. Él me hizo quitar este cuadro del Corazón de Jesús, que es recuerdo de nuestro matrimonio, y lo llevé al desván.

Luego nos prohibía otras creencias y no nos gustó.

Vino otro pastor, que era adventista y parecía muy sabio y hablaba bien. Con mi mujer nos pasamos a adventistas; hasta que un día en una discusión con él sobre la Santísima Virgen, vimos que lo que nos decía no cuadraba con lo que habíamos aprendido de niños y lo dejamos también.

Pasó el tiempo y un día mi mujer me dijo: "Mira, amorcito, ahora no somos nada; ni católicos, ni evangelistas, ni adventistas. No somos nada. Si nos morimos ¿cómo nos entierran? ¿cómo un animalito?"... ¡Tenía razón! no sabíamos que hacer.

Por entonces llegaron a Yauyos ustedes y en -visitas por aquí el P. Frutos y el P. Enrique. Mi mujer primero y yo después, hablamos con ellos y decidimos volver a ser católicos.

- ¡Muy bien! ahora ya son católicos.

- No, Monseñor. Todavía no. Quedamos con él, (me señaló a mí) que por esta Navidad nos confesaríamos y bautizaríamos a nuestras hijas.

- ¿Cuántos hijos tienen?

- Tres mujercitas pequeñas, aún están durmiendo; ya las verán, son muy lindas.

- Bien, pues hoy lo arreglamos todo. Ustedes se confiesan y comulgan; yo bautizo a las tres niñas y el P. Enrique será el padrino.

- ¿De acuerdo?

- ¡Oh, sí, Monseñor! Muchas gracias, iqué suerte la nuestra!

Historias parecidas a la de este matrimonio, tuvimos bastantes. Y por ende había que ir arreglando muchos despropósitos.

Terminada la Santa Misa y un buen grupo de bautizos, con las tres hijitas del alcalde a la cabeza, nos dispusimos a cabalgar de nuevo. Con tres horas llegamos a Alis, poco después del mediodía.

La Iglesia estaba repleta de gente, esperándonos y cantando villancicos. Nos pusimos ambos a confesar media horita. Luego celebré la Santa Misa y Don Ignacio siguió confesando hasta el final.

Después, mientras preparaban el almuerzo, nos echamos a dormir una hora en un par de camas que nos prestó un maestro, en su casa. No había aún Casa Parroquial allí. Y ¡vaya si dormimos! como niños los sesenta minutos.

A la hora, nos llamaron a almorzar con las autoridades, maestros y algún pariente de la casa. ¡Almuerzo de Navidad con cuyes rellenos y papa sancochada! definitivamente un gran banquete nos esperaba.

Don Ignacio les divirtió y entusiasmó a todos, contándoles con muy buen humor diversas historias, en una sobremesa hasta media tarde.

Luego, preparamos a los caballos para continuar nuestro viaje. Que duró un par de horas por la carreterita de la mina, siempre junto al río, que baja de las alturas por la estrechísima quebrada. Después de esta travesía llegamos al anochecer. Nos esperaba la gente, tenían ya montado un monumental pesebre, en medio del Presbiterio. Tuvimos que ayudarles a colocarlo a un lado, para dejar libre el altar. Acostumbrados a no tener Misa por Navidad, lo habían montado según su costumbre, para cantar y danzar navideñas ante el Niño-Dios.

Mientras lo acomodaban, confesamos y poco después comenzó la Santa Misa. Por ser un pueblo de pastores danzaron tres danzas pastoriles bellísimas, durante la Santa Misa, a cargo de la juventud. La primera en el ofertorio presentando al Niño corderitos adornados con cintas rojas y blancas, como la bandera peruana. La segunda danza la tuvieron interrumpiendo la Misa, después de la Consagración, adorando al Niño-Dios, pero eso sí, era muy fina y devota. La tercera, fue al final de la Misa, cantando al Niño, unido ya todo el pueblo. Todo era con una sencillez encantadora. Don Ignacio les felicitó emocionado.

Por fin, después de un largo día agotador a cenar y a dormir como troncos.

El 26, Don Ignacio celebró la Santa Misa a las 8, con todo el pueblo. Yo me reservé para celebrarla en Pinos a media tarde, tal como habíamos avisado al venir de Yauyos. En Pinos después de la Misa, tuve que "conjurar" a una mujer y a su hijita, porque de noche había entrado un puma al pueblo y le ladró un perrito que, al ser perseguido por la fiera, fue a ocultarse bajo las faldas de la mujer, y de allí se lo llevó el tremendo puma, con gran espanto de la mujer y la niña. Les dí la bendición que solía dar el Fundador del Opus Dei y se quedaron felices y tranquilas.

Luego, fuimos a dormir a Carania a casa del alcalde, que era el herrero del pueblo, hombre fuerte, conversador y simpático. Su mujer nos sirvió un caldo de cordero con una buena presa y una papa, y él, puso sobre unas tablas, tres cueros de buena lana de oveja merino, de su rebaño, y ¡qué bien dormimos!

El día 27, a las 7 de la mañana fuimos a la Iglesia. En la gran puerta de entrada alguien había escrito con tiza: "triste es mi pueblo la Iglesia siempre cerrada, sin velas, sin flores y siempre cerrada. Triste es mi pueblo!!!" Lo leímos y comentamos y nos pareció el clamor de nuestros Andes pidiendo sacerdotes.

A la Santa Misa acudió todo el pueblo y cantamos villancicos y más villancicos. Luego los abrazos navideños, desayunamos y a los caballos, nos faltaba la etapa final de 12 horas pasando los 5.300 m. Por cierto que cuando estábamos a poca distancia de esta altura, de

repente se cubrió el cielo de espesos nubarrones, y en la misma cumbre, que era una cresta de peñascos, comenzaron a caer rayos uno tras otro un buen rato. Yo iba, delante con el Canelo; el espectáculo era tremendo y daba miedo; Don Ignacio seguía detrás en silencio con el Moro. Yo pensé, "si Ignacio quiere que paremos ya avisará". Pero él seguía en silencio, yo delante avanzado muy despacio, por la altura, frente a los rayos que iban cayendo a muy poca distancia delante de nosotros; el Canelo caminaba nervioso y moviendo constantemente las orejas.

De repente la tempestad, empujada por un fuerte ventarrón, pasó por encima de nosotros, a otra cumbre detrás nuestro y quedó sobre nosotros el cielo despejado y el sol abrasando la cresta tan herida por los rayos. Llegamos enseguida a ella y desmontamos. Don Ignacio se sentó sobre una piedra y me dijo:

- ¡Qué valientes hemos sido!, ¡He pasado un miedo!... y explotó en carcajada. Yo también confesé que me morí de miedo. Y ambos nos reímos.

Me quedó patente una vez más, una gran cualidad de Don Ignacio: Era muy sincero en sus fallos y comentaba con gracioso buen humor sus hechos negativos. Luego, arreglamos las monturas y emprendimos la bajada hacia Yauyos, 8 horas bajando siempre, hasta llegar a casa felices y molidos, a celebrar la Navidad con el P. Frutos, que la había pasado solito en Yauyos. Nos pusimos los tres en la cocina y preparamos una cena como si fuera Nochebuena. ¡Qué bien es estar de nuevo en casa!

TURNOS DE COCINA

¿He dicho que nos pusimos los tres en la cocina?. Es que a partir de los dos primeros meses de inaugurar la Prelatura, nos quedamos sin las dos numerarias auxiliares, que habían venido de Lima, para cocinar y administrar la Casa Prelaticia. No convenía que estuvieran lejos de su centro y regresaron a Lima. Entonces Don Ignacio estableció un orden riguroso para cocinar los almuerzos y cenas: prelado, vicario general y párroco. O sea: Don Ignacio, el P. Enrique y el P. Frutos. Y así, un día, otro día y años pasaron, hasta

que llegó otro refuerzo de sacerdotes con el P. Esteban Puig, que se quedó en Yauyos y reemplazó a Don Ignacio, en ciertas ocasiones.

Hubo un montón de anécdotas divertidas en nuestro arte culinario, Don Ignacio cocinaba muy bien, acostumbrado a las comidas campestres con su padre y hermano. Yo también sabía cocinar rico, porque en mi casa con 10 hermanos todos sabíamos hacer de todo. Pero el P. Frutos no había cocinado nunca y cuando estaba de turno iba haciendo probatinas según imaginaba y el resultado era bueno, o mejor dicho menos bueno o francamente malo, según la suerte. Se lamentaba y excusaba diciendo: "¡si al menos tuviera un prontuario o un libro de recetas de cocina!"

Una vez que viajó Don Ignacio a Roma, se lo comentó graciosamente al Padre y éste envió al P. Frutos un libro con recetas de cocina que se titulaba: "Carmencita, la cocinera", posteriormente con él y sus inventos personales, llegó a ser el mejor cocinero en cien kilómetros a la redonda.

ANÉCDOTAS CULINARIAS

Un día Don Ignacio estando en Lima, almorzó en casa de su pariente Rafael Orbegozo, su esposa le preparó un postre delicioso y luego comentaron lo rico que estaba y ella dijo: "es fácil hacerlo; te daré la receta de la pasta y un fierrito para freír las rosquitas. ¡Es fácil y rico!"

Llegó Don Ignacio a Yauyos a media tarde y nos dijo: "vamos todos a la cocina y haremos un rico dulce muy rico para el lonche". El P. Frutos fue a comprar los ingredientes de la receta. Yo prendí el primus y puse la sartén encima con bastante aceite. Preparé la masa, y todo dispuesto, nos entregamos con curiosidad al invento. Don Ignacio agarró el fierrito que tenía en el extremo como una flor de metal, y fue explicando: "se mete dentro de la masa, ahora se mete dentro del aceite y se espera un poco hasta que toma el color de caramelo, luego sacaré el fierrito y quedará la pasta nadando en el aceite". Iba realizando lo que explicaba. "Ahora se levanta el fierrito y ya está". Se levantó y soltó una palabra.... y dijo: "No era así, ha fallado. Salió el fierrito con toda la pasta acaramelada pegada. Hay

que limpiar bien el fierrito. Probemos otra vez: la flor dentro de la pasta, ahora a la sartén y arriba”. Y salió el fierrito con toda la pasta pegada otra vez. “Es que la pasta estará demasiado líquida; Enrique añádele harina”. A probar otra vez y también salió con todo. Entonces dije: “creo que primero hay que meter la flor en aceite frío y luego a la pasta. A ver probemos”. Y siempre el mismo fracaso. Hicimos mil probatinas y fuimos de fracaso en fracaso. Ya la pasta se endureció como piedra; la botamos al perrazo Tom, que le pasó un par de veces la lengua y se fue a tumbar sin comerla. Limpiamos el fierrito misterioso y lo guardamos con cuidado. Apartamos la sartén del fuego y nos fuimos a tomar café con leche con pan vulgar. Tristemente no logramos nuestro cometido.

Años después, en México, me mostraron el secreto del fierrito.

Otro éxito culinario, ocurrió en Huarochirí, donde vivían el P. Jesús María y el Dr. Fanfi. Llegamos allá con el Land Rover, después de tomarnos un tente en pie de galletitas en la Puna, por sobre los 4.000 m. de altura. Después de saludarles y entregarles un pequeño obsequio y correspondencia, Don Ignacio me dijo: “Enrique, tú que sabes hacer picarones, prepara unos cuantos para merendar juntos”. El P. Jesús María salió a comprar lo necesario. Preparé la masa mientras conversaban entre ellos; la cubrí con una franela de lana y esperé que fermentara. Vino Don Ignacio y al ver el pequeño montoncito le pareció una miseria y me dijo:

- ¿Tan poco? somos cuatro hombres con hambre.
- Espera un poco que ya crecerá; está con fermento.
- Déjate con fermentos, y añade mucho más... ¡somos cuatro!
- ¡Bueno, bueno!, y añadí.
- Ahora calentamos el aceite y a freír.
- ¿No esperas que crezca?
- No, a freír que es tarde.

En el patio prendimos el primus grande, la sartén con aceite, y una fuente normal para poner los picarones. Yo haría los redondeles y él los iría friendo. Todo dispuesto arrancamos la maniobra.

El primer redondel que metí al aceite, por el calor y el fermento sin su punto ideal, creció tanto que llenó la sartén.

- ¡Más pequeños!... gritó.

Con pellizcos de pasta minúsculos, salían grandes; y la pasta en lugar de reducirse, crecía y crecía por el calor. Se llenó la fuente preparada y otra y otra. Entonces recurrimos a una batea grande de plástico, y también la llenamos que casi se caían.

Tuvimos picarones para ir comiendo con miel de chancaca para la merienda, por la cena y el desayuno del día siguiente e incluso aún llevamos unos pocos de obsequio a Lima.

EL FUTURO SEMINARIO

El Padre y Don Ignacio procuraban que cada año viniera un refuerzo de sacerdotes, de la Madre Patria. Uno de los años, vino con otros dos, el P. Esteban Puig, que lo dejó Don Ignacio en el mismo Yauyos para ocuparse especialmente de los acólitos, como fermento del proyectado Seminario, para formar los futuros sacerdotes del mismo lugar. El P. Esteban organizó el "ADA"(Asociación de Acólitos) y comenzamos a seleccionar niños, para ayudar en las celebraciones litúrgicas, principalmente la Santa Misa, con vistas a posibles vocaciones sacerdotales.

Lo nombró también Director de Misiones Populares para los pueblos.

Pronto pensamos en serio en construir un Seminario. Don Ignacio llevó a Yauyos al arquitecto "Flaco" Ferreyros, buen amigo suyo, que hizo los planos del deseado Seminario, al lado de la Iglesia, en un terreno de la parroquia, que antiguamente llamaban "La Canonja", un solar que cultivaba un vecino y logramos recuperarlo.

Ya teníamos el terreno y los planos; ahora había que conseguir ir juntando el dinero necesario, para comenzar las obras.

Llegaron las lluvias de la Sierra y fueron fuertes y persistentes, hubo huaycos devastadores y además el río Cañete se desbordó y se tragó un largo tramo de la carretera. Yauyos quedó incomunicado con la Costa y Lima más de un mes. Ante aquel desastre, Don Ignacio desistió de construir el Seminario en Yauyos. En otro caso parecido ni podrían acudir profesores para dar clases ni llegar los alimentos necesarios. ¡Todo el gozo, no en un pozo, que se lo llevó al agua!

Sin desmayar, miramos por el lado de Matucana, por arriba y por debajo de la carretera central, y nos enamoramos de un terrenito, casi plano al otro lado del río, no lejos de la ciudad de Matucana, a unos 70 kilómetros de Lima. Estaba todo verde, sembrado de alfalfa y sin ninguna casa. Don Ignacio encargó al P. José Pedro, que entonces era ya el Párroco de Matucana y al P. Alfonsiño, Vicario General de la Provincia de Huarochirí, cuya capital es Matucana, que averiguasen de quién era el terreno, si lo querían vender y por cuánto.

Pasó el tiempo en averiguaciones y visitas y llegaron otra vez las lluvias, sin haber conseguido los datos.

DESASTRE EN MATUCANA

En esto, un día de buen sol, aunque por la noche había llovido mucho en las alturas, a las 2 de la tarde, los acólitos de Matucana estaban jugando a la vera del río caudaloso y de pronto vieron que el río se secó; no bajaba. Se fueron donde el párroco a decirle divertidos: “¡Padrecito, Padrecito, se ha secado el río y no baja nada de agua!!!”

El P. José Pedro intuyó el desastre; algún huayco habrá taponado el río más arriba de la quebrada y cuando desborde, vendrá una tremenda avalancha de agua. Se fue corriendo por las calles de la pequeña ciudad, avisando a la gente a grandes gritos:” ¡Al cerro, al cerro, viene agua! ¡Al cerro, suban al cerro, todos al cerro, viene inundación!!! ¡Se secó el río, todos al cerro!”

La gente asustada agarró a las criaturas y a los ancianos y todos corrieron cerro arriba, dejándolo todo. El padrecito siguió tocando puertas cerradas, dando las mismas voces, por si había algún rezagado. La población quedó en silencio y con el buen sol de la tarde.

Al poco rato, se escuchó un ruido enorme. Bajaba la avalancha de agua, salida de madre, arrastrando rocas y cuanto encontraba a su paso. Matucana estaba edificada a lo largo de la orilla del río y aquel mar de agua color tierra se le echó encima, y la gente desde el cerro contempló horrorizada, como se llevaba casas enteras y como otras, en calles un poco más elevadas, iban cayendo unas tras otras, porque eran de adobe y al estar dentro del agua hasta cierta altura, se iban derrumbando sin remedio.

El P. José Pedro que continuaba corriendo y dando la alerta, tuvo por fin, que correr hacia el cerro cuando las aguas le llegaron más arriba de las rodillas. Pero, ¡valía la pena! había salvado a toda su feligresía, incluidos los que nunca iban a Misa.

Había quedado en la población sólo un hombre; un chinito que tenía una tienda y no quiso abandonar su mercadería; la perdió toda al llenarse la primera planta de agua, pero él se salvó en la segunda planta, porque la casa era de ladrillo, cemento y columnas armadas con fierro.

Quedó Matucana arrasada. Quedaron en pie algunas construcciones de material noble, como la del chinito, y las pocas casas que estaban en la parte más elevada de la población, entre ellas la Iglesia y dependencias parroquiales.

Cuando de Lima enviaron socorros, ¡qué autoridades ni gente vivales! el pueblo quiso y exigió que fuera el padrecito quien repartiera las tiendas de campaña, ropas y alimentos.

¡Menudo trabajo! pero lo fue haciendo ayudado por personas honradas y de su entera confianza.

Poco tiempo después, a petición del Parlamento, el Presidente de la República le concedió una condecoración, con medalla de oro "por el servicio prestado".

¿Y el terrenito sembrado de alfalfa que habíamos soñado para el Seminario?

Pues, inada de nada! por las mismas fechas que en Matucana, había bajado otro huayco, por la quebradita al final de la cual estaba el terreno y quedó inservible, sembrado de grandes pedrazas. desgraciadamente había que pensar en otro lugar.

POSIBLE SOLUCIÓN

Don Ignacio estaba haciendo gestiones en la Nunciatura Apostólica, para que se anexara a Yauyos y Huarochirí, la Provincia de Cañete; ya que con ellos se conseguiría tener un territorio más equilibrado. Pero esto no sería nada fácil lograrlo: la Arquidiócesis de Lima se resistía.

Pero si esto salía encontraríamos un buen lugar para el necesario Seminario, en el amplio valle de Cañete. Pero de momento, todo estaba en gestiones.

Debíamos volver pues, a la vida ordinaria de atender los pueblos de la serranía andina. Y por cierto, uno de los problemas para atender bien a los pueblos, era no tener en ellos Casas Parroquiales o bien, en los pueblos más chiquitos, al menos una pequeña casita como apeadero, con una entrada para recibir a la gente con una banca, una mesa y una silla y una habitación con cama, para que el sacerdote pudiera dormir tranquilo, sin molestar a nadie.

¡Manos a la obra!, me dije; puesto que yo, me encargaría de ir haciendo diseños para cada lugar, los párrocos con la buena gente del pueblo levantarías con adobes las paredes y Don Ignacio buscaría el dinero para el techo y para los pocos muebles del interior.

Así se comenzaron a hacer unas Mini Casas Parroquiales, y al poco tiempo era ya otro cantar el atender a los pueblos.

EL CONCURSO DE CATECISMO

Habían llegado de España varios sacerdotes más y ya se atendían con un par de sacerdotes todas las zonas parroquiales. Durante unos días de convivencia que tuvimos con Don Ignacio, nos habló de cómo intensificar la labor de catequesis, por medio de los maestros. Puesto que había que hacer algo para que los maestros tuvieran interés en que sus alumnos aprendieran Catecismo y no simplemente algunas oraciones y alguno que otro canto religioso. La enseñanza de Religión era obligatoria en las escuelas y colegios.

Para ello, la solución podría ser organizar un Concurso de Catecismo. Para esto entre los sacerdotes se formó una Comisión que preparara todo lo necesario para el concurso, que el primer año sería sólo para los cuartos y quintos de Primaria. Luego se publicaron las bases en la Hoja Dominical, que se editaba semanalmente y se distribuirían por todas las parroquias de la Prelatura.

La aceptación del Concurso de Catecismo fue unánime por parte de los maestros y autoridades. En cuanto a los niños, animados por sus profesores y con la ilusión de campeonar, estudiaron bien el Catecismo, muchos de ellos hasta aprenderse todo de memoria.

En el examen las preguntas saldrían por sorteo y a cada alumno se le harían cinco preguntas. Las bases indicaban lo siguiente:

PUNTUACIÓN

Cada contestación exacta, valdría 2 puntos. Cada respuesta deficiente: 1 punto.

Cada pregunta sin contestar: 0 puntos.

Para la mejor puntuación, en caso de empate, se tendría en cuenta la mejor explicación del sentido de la pregunta.

CAMPEONES

Resultará CAMPEÓN el que obtenga mayoría de puntos.

Resultarán así cuatro campeones: 2 varones de cuarto y quinto año y 2 mujeres de cuarto y quinto.

De entre estos campeones, por eliminatorias saldría el CAMPEÓN ESCOLAR.

Para que el Campeón Escolar pueda competir con los campeones de otras escuelas del distrito, será necesario que todos los alumnos matriculados de su sección obtengan en su examen una nota media de 5 puntos. (Esto era para que los maestros no se dedicaran sólo a un par de alumnos sino a todos.)

JURADO EXAMINADOR

Formarían parte del jurado: un Delegado del Señor Obispo; el sacerdote; los maestros y las autoridades.

El examen será público.

PREMIOS

Tendrán premio los cuatro campeones de las dos secciones de varones y mujeres de cuarto y quinto.

El Campeón Escolar.

El Campeón de la provincia.

En años sucesivos, el Concurso de Catecismo abarcó toda la Prelatura y el campeón era declarado: REY DEL CONCURSO DE CATECISMO.

Con toda esta organización se fue logrando, que aprendieran Catecismo, no sólo los niños sino también los maestros, muchos papás y mamás y la gente en general, que algo aprendió de tanto escuchar las respuestas de los niños.

Sirviéndonos de la "Hoja Dominical", que redactábamos entre todos y que -dicho sea de paso- era la única letra impresa que llegaba cada semana a todos los pueblos, se puso en marcha el "Gran Concurso de Catecismo", que despertó entusiasmo creciente en los maestros y en los alumnos, y de rebote en sus papás y hermanos mayores, porque al final... de algún modo participaban todos.

El éxito logrado creció de año en año y nos llevó a ir perfeccionando el sistema y a preparar y editar cuadernos de religión para los diversos grados, que se difundieron en la Prelatura y fueron adquiridos también por otras Diócesis.

Una anécdota puede indicar el nivel del Concurso:

Para desempatar a un niño del Sur-Yauyos y a una niña del mismo Yauyos, que empataban una y otra vez en el nivel provincial, porque ambos contestaban correctamente a todo, se les hizo una misma pregunta, previamente separándoles y con custodia para que nadie les soplara nada. El Concurso exigía toda seriedad.

Todo el público, que era numeroso, se mantenía en silencio expectante y nervioso.

Llamamos al niño y se le hizo la pregunta: "¿Desde cuándo existe Jesucristo?"

Con mucho aplomo comenzó a contar la promesa del Redentor en el Paraíso terrenal, siguió por el anuncio de los profetas y contó con detalle el anuncio del Arcángel a la Virgen María y terminó diciendo: Cuando la Virgen dijo: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra, en este momento comenzó a existir Jesucristo. (No dijo más.)*

Llamamos a la niña y la misma pregunta: "¿Desde cuándo existe Jesucristo?" Nerviosilla pero decidida comenzó a contar la promesa del Redentor a Adán y Eva, los anuncios del Mesías por parte de los patriarcas y profetas y la respuesta de la Virgen María al ángel y cuando la Virgen dijo: *Hágase en mí... (se detuvo un momento y luego con un grito éstentóreo, que nos dejó helados a todos, dijo:) ¡NOOO!... Jesucristo existe desde la eternidad, porque es Dios Hijo*

del Padre, pero como Hombre existe desde que se Encarnó en las entrañas virginales de María Santísima. Terminó diciendo: "Así es"

La niña ganó el campeonato provincial de Yauyos. Y el niño se abrazó llorando a su párroco, el P. Manuel Lema, diciendo que él también lo sabía, pero se olvidó.

Otra anécdota del tercer nivel, para Rey o Reina de la Prelatura:

Una niña del pueblo de Ticlio, que está en las altura de la Provincia de Huarochirí a 4.840 metros, perdió el Reinado, porque a la pregunta: "¿Qué es duelo y qué mandamiento lo prohíbe?" Contestó muy decidida:

-Duelo es cuando muere uno de la familia y todos lloran; y "nadie" lo prohíbe.

Las risas del "Respetable" -esta vez poco comprensivo-, dejaron desconcertada aquella criatura inocente de las alturas.

San Josemaría seguía alentándonos en dar buena doctrina; la Doctrina de Jesús, la de siempre -decía-, sin rebajas ni sucedáneos que la rebajan y pervierten. Y nosotros siguiendo su voz y su espíritu, nos sentíamos felices y cosechábamos con abundancia los frutos humanos y sobrenaturales en nuestra gente. El concurso fue un buen semillero de vocaciones sacerdotales. Por ejemplo: el actual Vicario General de la Prelatura, Mons. Josemaría Ortega, cuando era un muchachito de las alturas de San Mateo, Provincia de Huarochirí, ganó el reinado contestando correctamente todas las preguntas. Posteriormente ingresó como alumno al Preseminario.

La historia de los concursos y los nombres de las escuelas y de los niños campeones iban consignados en la Hoja Dominical, y al ver sus nombres en letras de molde, estimulaban a más participación.

La Hoja Dominical, era un excelente medio, para hacer llegar información, buena doctrina, sana lectura y entretenimiento a todas partes de nuestra serranía tan incomunicada. La redactábamos

entre todos, un artículo, uno y otro, otro; había secciones fijas, por ejemplo el P. Manolo Lema, con su gracia, se encargaba de un diálogo doctrinal entre el Padrecito y Tiburcio y su mujer Felicitas, y entre bromas y veras iba desgranando doctrina sobre Religión, matrimonio, hijos, borracheras y virtudes humanas. Que interesaban a todos. Otra sección era la de capítulos de los Tres Pastorcitos de Fátima o de la vida de San Martín de Porres, de Marcelino Pan y Vino o de la novela Luces y Sombras que iba escribiendo el P. Esteban Puig.

Conservo cinco tomos de aquella publicación y que todavía me divierte releer lo que escribíamos entonces.

RETIROS MENSUALES

Habían llegado nuevos sacerdotes y las reuniones mensuales, para un día de retiro y otro de descanso con reunión de pastoral, eran más divertidas. Los de la Provincia de Huarochirí y los del Noroeste de Yauyos, se reunían en la casa de Ricardo Palma, en el valle de la carretera central. Todos los demás en Yauyos. Don Ignacio había dicho que, a pesar de los enormes viajes, debíamos asistir al Retiro todos, "a menos que alguno estuviera enfermo en cama y con fiebre. Así los de Alis, que tenían 12 horas de cabalgar pasando los 5.300 m. de altura, los de Huangascar, que tenían 7 horas de caballo o mula blanca del P. Manolo hasta la Huaca, donde pasaba el ómnibus que les subía a Yauyos, para el Retiro, o los que tenían que ir a Ricardo Palma, con sus más y sus menos horas de viaje, cada mes todos a vivir en familia dos días. Y ¡qué bien nos venían aquellas reuniones! Rezar juntos, planificar juntos, conversar y divertimos juntos. Esperábamos con ilusión estar cada mes en familia.

En Yauyos, donde estaba ordinariamente Don Ignacio, teníamos el retiro espiritual el primer día y dedicábamos el segundo, a ir de pesca a Llaca al río Cañete y cazar al atardecer unas palomas y así entre truchas y palomas nos ganábamos una buena cena. Otras veces, nos quedábamos en Yauyos mismo, para jugar fulbito en una cancha que teníamos donde quisimos construir el Seminario.

Don Ignacio, era buen deportista y además no le gustaba perder. No pocas discusiones se armaron con motivo de esto. Recuerdo que una vez la discusión la armó el chistoso P. Manolo Lema, el mismo día de llegada por la noche, porque el mes anterior Don Ignacio había perdido además de hacer trampa, según el P. Manolo.

La discusión duró toda la cena entre bromas y risas. Por fin, Don Ignacio propuso: “Mañana al amanecer, antes de comenzar el retiro, todos al campo del honor y con un partido deslindamos la cuestión”.

A las 5.30 de la madrugada todos estábamos en la cancha con los dos equipos formados. ¡Aquello fue jugar a todo meter! pero llegó la hora de la Misa del pueblo y el juego estaba empatado. Don Ignacio dispuso: “Vamos todos a hacer la oración y a celebrar la Misa, después continuaremos jugando para desempatar; tendremos el retiro por la tarde”. Pero llegó la hora del almuerzo y la cosa no estaba nada clara. Menuda discusión durante todo el almuerzo. Tanto que Don Ignacio dijo: “Pues dejamos el retiro para mañana y seguimos jugando”. Por la tarde hasta que salieron las estrellas estuvimos en la cancha dándole y dándole duro y seguía el empate. Todos a rezar y a cenar; una cena divertida discutiendo siempre las jugadas. Pues dejamos el retiro para la tarde y dedicamos la mañana a dejar clara la cosa en la cancha. Y llegó la hora del almuerzo y estaba peor el resultado de tal manera que se decidió hacer una nueva prueba inmediatamente después de almorzar que se prolongó hasta el anochecer. Total, es el retiro que todos más recordamos: EL QUE NO SE DIO.

¡Que divertido era Don Ignacio y qué bien lo pasábamos todos con él! ¡Cuánto gozamos siendo él nuestro obispo!

PENURIAS

Fui una vez con él a Capillucas, un pueblo que está a la vera del río Cañete, donde estaban programadas las Primeras Comuniones y Confirmaciones.

Llegamos y nos pusimos a confesar los dos, hasta muy de noche. Nos sirvieron una cena a base de truchas, bien ricas. Como

que allí no había aún Casa Parroquial, nos acomodaron para dormir en la escuelita, sobre unas bancas, con nuestros sacos de dormir. Por la mañana después de la Santa Misa y demás. Seguimos el viaje para Lima. Al llegar a la costa, nos detuvimos en el grifo "El Piloto", para repostar gasolina al Land Rover y almorzar. Nos bajamos y Don Ignacio me preguntó:

- ¿Traes dinero?

- No, no tengo nada.

- Pues yo tan poco que sólo me alcanzará para poner la gasolina.

Y sin poder tomar ni un café, seguimos el viaje; menos mal que la buena gente de Capillucas nos había obsequiado unas canastitas de limas; él conducía y yo iba pelando limas, una para él y otra para mí, y así hasta terminarlas antes de llegar a Lima; luego en casa nos tomamos un café.

SÓLO DE LA A HASTA LA Z

Como que no teníamos más ingresos que algún pequeño estipendio de Misa y no cobrábamos nada más, andábamos siempre ligeros de bolsillo y una vez que necesitábamos dinero no recuerdo para qué, le dije a Don Ignacio: "Tienes a tu pariente Rafael Orbeagozo que es Gerente del Banco Wiese, pídele un préstamo, firmas unas letras y ya está."

Don Ignacio se puso muy serio y me dijo: "Enrique, letras las del abecedario, desde la A hasta la Z, todas; pero ni una más; ¡oyeme bien!; ini una más! Y tenlo en cuenta para el futuro. No quieras sufrir dolor de estómago. Y además, nos podemos desbarrancar y ¿quién paga las deudas? No, Enrique, vivamos tranquilos y sin dolores de estómago; pobres pero honrados, sin dejar en cuentas pendientes cuando muramos". ¡Bonita lección de un obispo honrado!

VISITA DE AMIGO

Tanto hablar en Lima de Yauyos, con amigos, que un día se decidieron dos matrimonios, subir con Don Ignacio en el Land Rover, para ver las maravillas de la Prelatura. Eran el arquitecto Cucho Velaochaga y su hermano Dr. Ramiro, médico, con sus esposas Sra. Luz y Sra. Elena. Llegaron a media tarde y se alojaron en el hotel. Luego vinieron a la casa a conversar. Poco después las dos señoras, muy amables, entraron a la cocina a preparar la cena.

Pasó mucho rato; y con el P. Frutos pensamos que algo les fallaba en la cocina. Entramos y las vimos sofocadas porque por el primus y la altura no se les cocinaban las cosas puestas al fuego. Les pedimos que fueran a conversar con Don Ignacio, que nosotros nos encargábamos de la cena. A los 10 minutos la teníamos puesta en la mesa, para cenar.

El P. Frutos les explicó los secretos del primus y que por la altura algunos alimentos tardan más a cocinar que al nivel del mar. Nos reímos un montón y el P. Frutos quedó como experto cocinero que ya era, gracias al libro que le envió el Padre desde Roma.

Ambos matrimonios fueron a ver la Iglesia y Don Ignacio les mostró el solar donde habíamos pensado construir el Seminario, pero especialmente dedicaron la jornada a mirar fotografías de nuestros viajes por los pueblos y a conversar con Don Ignacio.

Cucho hizo otro viaje por la Prelatura, fue a Huarochirí pasando por Escomarca, que está en la Puna, por sobre los 4.000 m., en donde el P. Feliciano quería construir una Iglesia y Cucho y su compañía de arquitectos, se encargaron de hacer los planos.

También en Huarochirí estuvo viendo como mejorar la Casa Parroquial y la gran Iglesia.

Una tarde le animamos a ir a un pueblo cercano montado en caballo. Luego las fotografías mostraban que no le hacía aquello mucha gracia. Se le veía siempre inclinado sobre la montura, hacia el lado contrario del precipicio. Lo pasamos muy bien con él y siempre fue un gran colaborador de la Prelatura.

Otra visita gratisísima fue la de un jovencito, que hoy es su eminencia el Cardenal de Lima y Primado del Perú, Juan Luis Cipriani. Con él hicimos un poco de deporte, porque ya era un buen deportista y un día fuimos de excursión al río Cañete, que pasa a 14 Km. de Yauyos y allí Don Ignacio, sobre el puente de Llaca, que es de palitos sobre cables, entre chistes y bromas le enseñaba a pescar.

Nos visitaron también un grupo de catalanes, que venían a escalar nuestras cumbres nevadas; eran del Club de Alpinistas de Barcelona. Venían cargados con tiendas de campaña, buenos zapatos y todo el equipo de buenos alpinistas y vestimenta fotogénica.

Escalaron el Llongote, cerro vistoso y puntiagudo, el Nevado de Carania y el Pishahuagra, con sus cinco cuernos nevados uno de los cuales se eleva a 5.730 m. sobre el nivel del mar.

Uno de ellos se regresó al segundo día por soroche -el mal de altura- los demás terminaron el recorrido y regresaron, agotados y felices y con excelentes fotografías de aquellas cumbres. Se quedaron sorprendidos cuando les mostramos fotos de nuestra pobre máquina, por los mismos lugares con nuestros caballos. Pero nos habían ganado en 30 metros de altura, porque nuestro camino más alto pasaba sólo por los 5.700 m. al lado del pico nevado más alto de Pishahuagra, que llega los 5.730 m.

VISITA PASTORAL HASTA LAS FUENTES DEL CAÑETE

Una de las Visitas Pastorales memorables fue la que hizo Don Ignacio en el Noroeste de Yauyos; salimos de casa con el Moro y el Canelo a las 2 de la madrugada, porque teníamos que cabalgar 15 horas, sobrepasando los 5.500 m de altura, para llegar al anochecer a Quinchés, en donde comenzaba la Visita Pastoral. En el camino, una vez amanecido, mientras íbamos subiendo y subiendo, salió el sol y icómo agradecemos el calorcito del Astro Rey! en el cerro, a la vera del camino, vi brillar algo, me apeé, cogí la piedra que brillaba y monté de nuevo; me puse a contemplar la piedra que tenía el tamaño de una manzana, era bonita: Lo que brillaba eran unos cristales de cuarzo y el resto estaba recubierto de una finísima capa de musgo verde. En mi mano la iba contemplando y pensaba que sólo Dios nuestro Señor

conocía la historia de aquella piedra, como conocía la mía hasta el detalle, así iba subiendo encantado, detrás de Don Ignacio. Al dar una curva del camino, el me vio absorto y me dijo:

- ¿Qué tienes, qué miras?.

- Una piedra muy hermosa

-¿Muy hermosa? ¡A ver dámela!

Hice avanzar el Canelo y se la di. Mírala ¡que bonita es! en el centro tiene unos cristales de cuarzo que brillan y está recubierta como de un manto de terciopelo.

Él la miró de un lado y de otro y dije :¿esto es muy bonito? y me contestó: ¡Va, tú eres tonto! es una piedra... y la botó al cerro.

-No nos distraigamos, que el camino que nos falta es largo.

Llegamos a Quinches cuando brillaban las primeras estrellas, después de haber rezado las dos medias horas de oración y de rezar las tres partes del Rosario. Cuando entramos a la población repicaron las campanas y salió la gente a darnos abrazos y ramos de flores. Llegados a la Casa Parroquial, un vecino se llevó los caballos a un campo de alfalfa y los padres Felipe y José María, mientras conversábamos nos sirvieron un café y galletas, porque sólo faltaba una hora para la Misa, que celebramos uno tras otro, mientras los sacerdotes confesaban a los últimos, para el día siguiente.

Ya en casa, los tres nos pusimos a preparar la cena, mientras el P. José María hacía la lectura para todos. Y es curioso aún recuerdo la foto que saqué en la cocina de Quinches, a Don Ignacio con mandil blanco, destapando la olla con humareda de vapor. Esta foto la enviamos a Roma, para que el Padre viera a sus hijos en plena faena.

Al día siguiente, tuvimos una gran travesía, Primeras Comuniones y Confirmaciones a gran cantidad de niños y adolescentes, que estaban francamente bien preparados. En todo había ayudado al P. José María especialmente a un grupo de jóvenes

que formaban el "Club de los Rudos" completamente adictos al padrecito, él les había puesto esta chapa y la llevaban con toda honra y algo de orgullo.

Por la tarde visitamos el pueblito de San Juan, donde presidi Misa y Monseñor confirmó a unos pocos.

Al siguiente día, Visita Pastoral a Huañec, que está a menos de una hora de camino. Otra vez en la entrada de la población, Arco de Triunfo, abrazos y ramos de flores. Según consta en los viejos libros de la parroquia, la última Visita Pastoral la hizo Santo Toribio de Mogrovejo en el Siglo XVI. Había motivo para hacer ésta, con gran solemnidad y el P. Felipe con la ayuda del P. José María y sus "Rudos", lo tenían todo muy bien dispuesto y confesados chicos y grandes. Hubo, como en Quinches, montón de Primeras Comuniones y Confirmaciones. Tuvimos también una buena reunión con la feligresía, después del almuerzo de fiesta, con las autoridades y maestros. Al otro día tuvimos la Visita Pastoral en el pueblo de San Joaquín, que estrenaban el piso de cemento de la Iglesia y varias mejoras. En la Santa Misa hubo Primeras Comuniones y Confirmaciones de chicos mayores. A la salida de la Iglesia habían puesto un cilindro y varios baldes con agua para que el obispo la bendijera y desde luego hizo "agua bendita". Luego, entramos a la Iglesia a recoger las cosas en las alforjas y cuando salimos, la gente se había bebido toditita el agua bendita del cilindro y de los baldes. Nunca habíamos visto cosa igual.

Nos regresamos a Quinches con los caballos, pasando por Huaflec, un par de horas en total. Pero en Huañec nos paró una pobre mujer anciana, pidiendo al P. Felipe, que celebrara una "Misa de daño" para quien le había robado lo poco que tenía. El P. Felipe le explicó que no podía decir una Misa de daño, que la diría para que el ladrón le devolviera lo robado, para que el Señor le bendijera a ella; y la mujer repetía: "¡No, no! Misa de daño pa que se joda, para que se joda!" Era triste, pero... explotamos a carcajadas.

En la Casa Parroquial de Quinches, con tranquilidad rezamos y cumplimos las normas que nos faltaban, cocinamos la cena y después de una larga tertulia, el examen y las tres Avemarias nos fuimos a dormir con la alegría de haber terminado la primera parte

de la visita. La siguiente parte era llegar hasta Tanta y hacer una excursión hasta la Laguna de Ticllacocho, donde nace el río Cañete.

Por la mañana, después de las Misas, preparamos las alforjas, ensillamos los caballos y salimos; demasiado tarde por la jornada que nos esperaba hasta Tanta. El camino iba subiendo entre huertas y algunos eucaliptos unas tres horas, después ya sólo encontrábamos matorrales y más arriba, solamente itchu, la paja brava. Habíamos llegado a la Puna, cada vez a más altura y los caballos comenzaron a caminar más despacito. La noche nos cayó encima, con un poco de nevada, en las alturas del Runcho a 5.500 m., y emprendimos la bajada por el ancho valle de Tanta. El P. Felipe, que era el párroco de todo aquello y desde luego lo conocía bien, nos dijo que nos faltaban dos horitas, pero pasaron dos horazas y sólo veíamos a lo lejos algunas luces de las casitas del pueblo. Seguía nevando un poco todavía.

Por fin, en la negra noche empapados de humedad, llegamos con ganas de meternos entre frazadas para reaccionar, pero la gente quiso servirnos un huevo frito y un tesito caliente con su adentro, que era agua de hierbas con cañazo. Su amabilidad nos tuvo largo, muy largo rato tiritando de frío, porque tuvieron que prender fuego, para freír los huevos y calentar el agua, el fuego era lentísimo, porque cocinaban con "bosta", o sea, con excremento seco del ganado. Esto nos hizo recordar que en muchos kilómetros a la redonda, no había ni un solo árbol y ni siquiera matorrales que dieran algo de leña, para prender fuego.

Después de mucho la buena mujer y su marido nos sirvieron a cada uno, dentro de un pocillo un huevo frito y en otro pocillo, la agüita medio caliente con cañazo.

Llegó a tiempo para este generoso refrigerio, el Dr. Fanfi, que llegaba, tiritando de frío, después de caminar a pie once horas desde Huarochiri, para estar un día con nosotros.

En una sola habitación y en una gran cama común, vestidos como íbamos y abrigados con todas las gruesas y pesadas frazadas que nos pudo proporcionar aquella tan pobre y buena familia, dormimos seguido, hasta el amanecer.

Rompiendo la capa de hielo, nos afeitamos y nos lavamos sólo como gatos, en la helada agua de un regato; luego la oración y Misas, mientras se iban confesando niños y mayores, que iban llegando.

Hacia las 11 de la mañana, la Santa Misa solemne de Don Ignacio, con Primeras Comuniones y Confirmaciones de unos pocos. Hubo también un matrimonio y terminada la Misa, el párroco bautizó unos niños.

Después de una mañana fructífera, el almuerzo fue a base de truchas y papa sancochada con ají. Don Ignacio preguntó:

- ¿De dónde sacan las papas, por que aquí no deben cosechar ni una?.

- No, aquí por la altura y el frío no se da la papa y menos el maíz, pero lo conseguimos a base de cambiar truchas o lana, por papa o maíz, en pueblos más bajos, como Vitis y Miraflores, que cosechan bastante.

Entonces nos contaron que en todo el valle había más de 40 lagunas, entre chicas y grandes, y que había mucha trucha y podían coger bastante. Don Ignacio preguntó:

- ¿Pescan con anzuelo?

- A veces sí; pero es más práctico agarrarlas en los riachuelos al amanecer.

- ¿Cómo lo hacen?

- Las truchas de noche, salen de las lagunas a buscar comida por los riachuelos, nosotros vamos a las dos o tres de la mañana y, con ramajes y piedras tapamos la entrada de los riachuelos a la laguna, el agua puede pasar pero las truchas grandotas no, y al amanecer regresan a la laguna. Entonces las agarramos con la mano o, si es necesario, dándoles un garrote. Si hay suerte en acertar el riachuelo por donde han salido a comer, a veces agarramos bastantes y de buen tamaño.

Comentamos el buen invento de pesca y seguimos conversando de sobremesa. Luego salimos a tomar el sol, que ellos llamaban "el abrigo de los pobres", paseando por las lagunas. Había cantidad de patos silvestres de diversas clases y tamaños. Con las escopetas -Don Ignacio era muy buen cazador, acostumbrado a ir a cazar con su padre y su hermano en España-matamos a unos cuantos patos, especialmente patos reales, que eran grandes y hermosos y los dimos todos a la buena gente de Tanta, menos uno que quiso llevarse el Dr. Fanfi, para comérselo con los Padrecitos en Huarochirí, como recuerdo de su excursión.

Al día siguiente, después de las Misas tempraneras, Fanfi, regresó a pie a Huarochirí y nosotros con los caballos fuimos valle arriba hasta la Laguna de Ticllacocha, que es donde nace el río Cañete.

Ticllacocha es una laguna en forma de luna en cuarto creciente, un poco curva y con más de un kilómetro de longitud y está a 5.000 m. de altura. Y sobre ella, los nevados que la surten de abundantes aguas.

Nos habían dicho que tenía truchas muy grandes, de hasta 10 kilos y probamos suerte echando nuestros anzuelos. Pescamos unas cuantas de regular tamaño, pero Don Ignacio cogió una muy grande, que la vimos cuando la iba trayendo saltando sobre el agua, pero en uno de los saltos se rompió el sedal, demasiado delgado y ¡adiós trucha!. En vista del éxito, recogimos las pescadas para la cena de Quinches, con los caballos fuimos ganando la cumbre por paso del Tapo, a 5,500 m otra vez, por cierto que arriba tuvimos que caminar un rato, porque los caballos mostraban demasiado cansancio. A cada tropezón que yo daba, Don Ignacio me pegaba un grito diciendo que levantara más los pies. Nos montamos y ya todo era bajada hasta Quinches.

Así terminó la Visita Pastoral de gratísimo recuerdo, por aquella zona hasta las fuentes del río Cañete.

Descansamos un día para estar con los dos sacerdotes y comentar las aventuras con alegría renovada. ¡Qué fantástica era nuestra vida de familia con Don Ignacio!

De madrugada nos despedimos y con quince horas llegamos a Yauyos, donde los PP. Frutos y Esteban nos esperaban con la cena caliente.

CÁRITAS

Cuando se estableció en el Perú esta institución, que ha reportado tanto bien a la Nación, la organizamos en la Prelatura. Según las normas de la Oficina de Cáritas Peruana -que así se llamó al principio- establecimos en los pueblos comités formados por las autoridades y una señora piadosa. Así rezaba la orden recibida.

Comenzaron a llegar alimentos y a distribuirlos. Según el Programa eran alimentos sólo para personas pobres; y aquí vino la primera dificultad, todos se consideraron pobres y los comités comenzaron a repartir los alimentos, en primer lugar, a parientes, compadres y amigos y si quedaba algo, a los realmente necesitados.

Don Ignacio vio enseguida que aquella organización estaba desorientada; era motivo de envidias, injusticias y robos. Lo que había pretendido el Organismo Internacional era aliviar la pobreza y ayudar al progreso de los pueblos. Para conseguir esto, lo que convenía era estimular con los alimentos las obras, que necesitaban los pueblos para progresar y así se iría aliviando la pobreza.

Subió a Yauyos el P. Picher, que era el Director Nacional de Cáritas Peruana y Don Ignacio le expuso el plan: dar los alimentos como estímulo del trabajo voluntario, en las obras de progreso de los pueblos. Al P. Picher le pareció bien el plan de Don Ignacio, pero dijo que no dependía de él, que tendría que hablar con el Director de Catholic Relief Services, que era quien mandaba en el Perú.

Fuimos a Lima y acompañé a Don Ignacio al piso que tenía Cáritas, cerca del comienzo de la avenida Arequipa. Allí nos entrevistamos con el P. Picher y el Señor Noel, que era el Director de Catholic Relief Services. Don Ignacio les expuso con todo detalle el plan: alimentos como estímulo del trabajo voluntario en las obras de progreso de los pueblos, como acequias, escuelas, carreteras, etc.

El Sr. Noel escuchó con atención, pero se negó rotundamente a aceptar el nuevo plan, porque el Punto Cuarto de EE.UU. no lo consideraba. Y por más que Don Ignacio insistió, el Sr. Noel siguió prohibiéndolo.

Terminamos la reunión y fuimos con el Land Rover, completamente contrariados hacia el Centro de Lima. íbamos en silencio. Al llegar al Banco Wiese, Don Ignacio se bajó y me dijo muy serio: “Tú regresa a Cáritas, reúnete con esos señores y diles de mi parte que, si continúan enviándonos alimentos, los daremos sólo como estímulo de trabajo voluntario; y que si no quieren esto, que no nos envíen nada”.

Fui a Cáritas y cumplí la orden con toda seriedad. Los dos directores escucharon en silencio, se encogieron de hombros y sin comentarios me salí.

Continuó Cáritas enviando alimentos y nosotros organizamos nuestro plan, por medio de los sacerdotes, con gran alegría de la gente. Enseguida tuvimos organizados catorce proyectos de trabajo comunal voluntario, con reparto de alimentos de Cáritas.

Tuvimos en Lima una reunión de todas las Cáritas Diocesanas con el Sr. Ravasín, que era el nuevo Director de Catholic Relief Services. Yo expuse ante todos nuestro plan y el Sr. Ravasín se enfadó mucho y me riñó porque el Punto Cuarto lo prohibía. Le dije que en nuestro territorio mandaba el Prelado y yo le obedecía lo que mandaba. Pues, me contestó: “muy mal hecho y no lo pueden hacer”.

Pasaron los meses y un día, de Cáritas llamaron a Don Ignacio. Le manifesté mi preocupación:

- Debe ser por lo de nuestro plan de distribución...

- Agarra el carro y vete tú ¡No cedas! ,me dijo definitivamente

Me presenté a Cáritas y el Sr. Ravasín me dijo amablemente:

- Están aquí tres señores de Estados Unidos, del Punto Cuarto y desean ver algunas de las obras que ustedes hacen con Cáritas.

-Ah, muy bien, tengo el carro aquí y puedo llevarles a las que quieran, tenemos catorce, le manifesté con plena seguridad.

Escogieron las más cercanas a la Costa: la carretera de Huangascar, la escuela de Huayllampi y la carretera de Cacara, después del Infiernillo. Fue una visita breve y quedaron admirados viendo a la gente tan contenta trabajando.

Poco después llegaba una disposición para todo el Perú, y creo para todo el mundo, y era que sólo se podían distribuir los alimentos de Cáritas, como estímulo de trabajo voluntario en obras de progreso comunal.

Eso demuestra nuevamente que triunfó el buen criterio y firmeza de Don Ignacio.

Más adelante conseguimos otra mejora. Teníamos problemas con los costales de 42.50 kilos, algunos transportes se hacían con llamas y las llamas cargan hasta 40 kilos, pero ni uno más. Con 40 kilos caminan todo el día, de sol a sol si hace falta; pero si se les carga un poco más de 40 kilos, se echan de panza al suelo y no se levantan hasta que se las descarga. Para no tener que sacar el cosido precinto con que venían los costales, hicimos varias pruebas y con diversas llamas y siempre igual. En cuanto las cargaban con el costal de 42.50 kilos, de panza al suelo. Teníamos que descoser, quitar un poco de peso, que no pasara de 40 kilos, y entonces las llamas transportaban tranquilas, hasta las Punas más apartadas. Pero, en los largos viajes, era una gran tentación de los transportistas el robar un poco o mucho. Debido a esto teníamos frecuentes problemas.

Para solucionarlo, pedimos que los costales no llegaran a 40 kilos. Y de los EE.UU. comenzaron a enviar costales de 22 kilos. ¡Santa solución!

ACCIDENTE DEL DR. FANFI

Para celebrar Fiestas Patrias con Don Ignacio, el Dr. Fanfi (Francisco Onandía), que ejercía como médico en Huarochirí, se vino a pasar las Fiestas Patrias al final de Julio a Yauyos, además el 31 era el santo de Don Ignacio, aunque él celebraba el día de su nacimiento el 25 de marzo, según la costumbre del Perú. Pasamos felices unos días de vida de familia todos juntos, celebrando las Fiestas Patrias. ¡Qué divertidos todos con las anécdotas y chistes de unos y otros! especialmente de Don Ignacio, que estaba de un buen humor radiante.

El 31 de julio, después de la Santa Misa, Don Ignacio y Fanfi con el Land Rover se fueron hacia Lima. A los cinco o seis kilómetros encontraron piedras que habían caído del cerro. Pararon y se bajaron ambos a quitarlas, para poder pasar. En aquel momento cayeron otras y una bastante grande cayó delante de Fanfi y, de rebote le dio en el vientre y le botó de la carretera al precipicio, que el primer tramo era un cortado vertical de pura roca y luego una pendiente muy pronunciada, hasta el fondo de la quebrada donde había matorrales.

Don Ignacio le vio salir de la carretera al precipicio, mientras se resguardaba en la rueda izquierda del carro. Inmediatamente se fue tras de Fanfi, resbalando por la roca vertical y luego corriendo por la pendiente, acompañado por las piedras que iban rodando hasta el fondo y algunas silbando por los aires.

Llegó al fondo de la pendiente y no le veía, le llamaba a gritos y nada; hasta que escuchó un suave quejido en medio de un matorral. Allí estaba sangrando por todas partes y casi de todo inconsciente. Le hizo un examen médico rápido y miró si había por allí alguien para ayudarlo. Desgraciadamente no vio a nadie y decidió medio cargarle y subirle casi arrastrándole, a la carretera por la misma pendiente que habían bajado, dando un pequeño rodeo en el cortado de la peña.

Don Ignacio logró subirlo él solo porque era joven, valiente y deportista, pero sobretodo porque quería mucho a Fanfi y porque confió en los Ángeles Custodios de ambos y le ayudaron. Imaginamos que había 108 metros desde la carretera al matorral donde quedó.

Llegados al carro, Don Ignacio colocó a Fanfi en la parte delantera, a su lado, medio tumbado y siguieron carretera abajo lo más rápido que le permitían las curvas. A los pocos kilómetros está el pueblito de Magdalena; allí pidió prestada una frazada y envolvió a Fanfi; le dio a beber un tazón de café bien cargado y a correr otra vez.

Mientras iban ganando los cien kilómetros para llegar a la costa, Fanfi fue tomando conciencia de lo sucedido y comenzó a repetir varias veces como un lamento ¡Cómo se ha vengado!... ¡Cómo se ha vengado!... Don Ignacio no le entendía porque hablaba con dificultad por las heridas de la cara y el ruido del carro.

-No te entiendo; ¿,qué me dices?

-¡Cómo se ha vengado!...

Después de repetirlo varias veces, siempre con el mismo tono de lamento. Don Ignacio le entendió y como sabía la historia, echó con ganas una y varias carcajadas estrepitosas y Fanfi también dibujó una sonrisa. La historia era la siguiente: cuando Fanfi era un muchachito se enfermó y un día pensó que la enfermedad era muy grave y que iba a morir. Muy asustado invocó a San Ignacio y le prometió con voto que si le curaba se haría Jesuita. Pero la enfermedad pasó y con ella también pasó el deseo de ser Jesuita. Pero, ¿y la promesa con voto?...bueno, su deseo fue efímero como su enfermedad, pero su promesa seguía ahí.

Muy intranquilo y lleno de dudas y angustias, un día fue a consultar el asunto a un Padre Jesuita y el P. Jesuita, muy comprensivo, le conmutó -cambió-la promesa con voto por el rezo de un Avemaría, y quedó en paz.

El accidente fue precisamente el día de San Ignacio.

Llegaron a la Panamericana, faltaban 150 Km. para Lima; en el grifo "El Piloto" se detuvieron a repostar gasolina. Paró también un carro y bajó un matrimonio y vieron al herido ensangrentado; el señor se acercó a Don Ignacio y le dijo:

-Yo soy médico y mi mujer también es médico, ¿podemos ayudarle en algo?

-Pues mire, yo también soy médico y el herido también es médico; muchas gracias, pero creo que ahora lo mejor es no tocarlo y llevarlo cuanto antes a una clínica de Lima ¡Muchas gracias!

En la Clínica Anglo Americana lo examinaron bien. No tenía ni una sola fractura, pero sí todo el cuerpo con magulladuras, moretones y heridas. Sólo en la cabeza tenía 14 cortes, que tuvieron que coser y casi zurcir.

Don Ignacio no se explicaba que no tuviera ningún hueso roto, habiéndose dado tantos trompazos, en la caída al precipicio

cortado primero y haber dado tantos tumbos después, hasta el final de la pendiente. Decía que, probablemente al primer golpe de la piedra que le lanzó de la carretera, Fanfi perdió el sentido y luego, como un muñeco de trapo, fue dando tumbos sin poner ninguna resistencia en ningún miembro. Sin dejar de contar, añadía, en la oración constante del Padre y de tanta gente del mundo entero, que reza por nosotros y la labor de la Prelatura.

Ni que decir los buenos cuidados que tuvo, de parte de sus colegas médicos, para el admirado médico y amigo "misionero" y también por parte de sus hermanos del Opus Dei. Estuvo unos días en la clínica y lo trasladaron a nuestra casa de la calle Aviación de Miraflores.

Allí fuimos a verle unos días después, bajando de Yauyos. Estaba en cama con vendajes y parches por todas partes, pero recuperándose bien según nos informaron al llegar. Estuvimos mucho rato haciéndole compañía y Don Ignacio, en tono jocoso, comenzó a meterse con Fanfi, riéndose de él por varios éxitos médicos en Huarochirí "como misionero" y pasó enseguida a reprocharle una y otra cosa, y esto y aquello. Largo rato reprochándole por diversos sucesos y como muy en serio, con cara de enfado. Todos nos reíamos por lo que le decía y cómo lo decía. Y Don Ignacio dale que dale seguía criticándole y reproche tras reproche largo rato. Cortó en seco y después de una pausa, dijo con aire de muy confundido:

- ¡Perdóname, Fanfi! ¡Sí, perdóname los reproches; no tenía que haberte reprochado nada, nada. Porque en el examen médico y vistas las heridas y golpes que tuviste en la cabeza y sin ninguna fractura, es que debes tener los huesos del cráneo así de gruesos... y en consecuencia tu cerebro debe ser así de pequeño... porque no cabe más.

- ¡Perdóname, no tenía que criticarte nada!

Todos explotamos a carcajadas y Fanfi hacía señas para que parara y dejara de hablar, porque con los excesos de risa se le abrían las heridas.

Así era Don Ignacio; fuimos a ver a un accidentado grave ya convaleciente, le hicimos compañía y disfrutamos todos, Fanfi también dio las gracias del Prelado visitante.

MUY BUENA NOTICIA

Aprovechando estar en Lima, Don Ignacio fue a ver al Sr. Nuncio Apostólico, para saber en qué estaban las gestiones sobre la unión de la provincia de Cañete, a la Prelatura. Le dijo que fuera a conversar con el Cardenal Landázuri, porque era ya un hecho y convenía ponerse de acuerdo en varias cosas.

Cuando regresó de la Nunciatura, estaba radiante de alegría y le acompañé hasta la Plaza de Armas, para entrevistarse con el Cardenal Landázuri, que le recibió inmediatamente.

Al salir me dijo que no se tomaría posesión de la Provincia de Cañete de inmediato, porque , aún había que solucionar diversos asuntos, pero que el Cardenal le pidió que, ya que era un hecho que la Prelatura se encargaría de Cañete, que ya se encargará él-Don Ignacio-, de poner un párroco en Chilca, porque quien estaba era un religioso que regresaba a Italia y no convenía, por poco tiempo, nombrar otro de Lima.

Don Ignacio aceptó y me encargó a mí, atender Chilca, desde Yauyos, cada domingo.

Durante unos meses los sábados por la tarde bajaba en ómnibus los 250 kilómetros desde Yauyos a Chilca y atendía las Misas de Chilca y Pucusana.

Mientras, seguían las gestiones para la toma de posesión canónica de la nueva provincia civil para la Prelatura. Había un problema: el Cardenal quería que toda la Hacienda de Cerro Alegre, casa, colegio y terrenos, que estaba en Imperial de Cañete, continuara perteneciendo a la Arquidiócesis de Lima. Como un islote dentro de la Prelatura. Hubo -claro está- un poco de forcejeo, pero se impuso el Cardenal y no cedió la Hacienda, con el pretexto absurdo de que Lima necesitaba sus réditos; como si no los necesitara más la pobre Prelatura.

¡CAÑETE!

Por fin, llegó el momento de tomar posesión de la provincia. Los Padres Agustinos Recoletos que estaban en la Parroquia de San Vicente de Cañete, a primeros de julio, de 1962, se fueron llevándose todo lo de la casa; que estaba sin terminar.

Don Ignacio nos envió al P. Plácido Olivares, como Párroco de San Vicente y a mí, como Vicario General, a tomar posesión canónica. Llegamos el domingo 8 de julio, para celebrar las Misas. La Iglesia era nueva, con falso piso, tres naves con paredes, columnas y techo, pero aún de obra negra, sin puertas ni ventanas. Se utilizaba como Iglesia, el Salón Parroquial adjunto.

En la provincia había quedado: Un religioso Párroco de San Antonio, otro religioso Párroco de Quilmaná y Capellán de Cerro Alegre, donde una Comunidad de religiosas dominicas regentaba un colegio; un párroco anciano en Mala y un sacerdote mallorquín en Imperial.

Con las dificultades de todo principio, comenzamos con buen ánimo, animados por Don Ignacio, que trasladó la Sede de la Prelatura de Yauyos a San Vicente de Cañete, unos días después.

Uno de nuestros primeros acólitos fue un niño morenito muy simpático, llamado Vicente, que al crecer entró al Seminario y hoy es el Párroco de la Catedral de San Vicente de Cañete.

La buena gente de Cañete fue acudiendo cada vez más a las actividades de la parroquia, al principio extrañando a los Padres Agustinos, pero el P. Plácido, con su buen espíritu de servicio se los ganó pronto y a los tres meses de llegar, se notaba una diferencia grande: por ejemplo, habíamos pasado de trescientas comuniones al mes, a más de tres mil comuniones en octubre.

Había también entrado en funciones la Compañía de Arquitectos Haaker, Velaochaga y Flores Estrada, para completar las obras de la Casa Prelaticia y de la Iglesia Catedral. Desde luego Don Ignacio iba orientando lo que convenía hacer.

Providencialmente, el Padre, desde Roma, había recomendado que vinieran más sacerdotes. Y llegó otro equipo de

sacerdotes. Don Ignacio hizo unos cambios, y puso al P. Samuel a Pacarán, al P. Félix a Lunahuaná, al P. Juan Calvo a Huangascar, al P. Agapito a Chilca y el P. Bienvenido a Cañete a ayudar al P. Plácido. Estaba ya más completa la atención a la nueva provincia.

COMIENZA EL CONCILIO VATICANO II

Don Ignacio tuvo que viajar a Roma, para participar en el Concilio Vaticano II, como Padre Conciliar. Todos nos pusimos a rezar por el Concilio, como nos urgía el Fundador del Opus Dei. Se trataba de un hecho trascendental para toda la Iglesia Santa y para el mundo entero.

Mientras, en Cañete, iban avanzando las obras para terminar la Casa Prelaticia. Había en la fachada, sobre una columna, una imagen nada artística de la Virgen. Don Ignacio había ordenado que se quitara, pero ningún obrero se decidía a hacerlo. Le dije a Cenobio, quien era el maestro de obras, que la hiciera quitar. Pero, nada. Insistí varias veces y siempre me daba alguna excusa. Un día me puse al lado de la columna sobre la cual estaba la imagen; llamé al maestro de obras y le dije: "trae obreros y delante de mi, ahorita mismo boten columna e imagen". Quiso excusarse... "No, Cenobio, ¡ahora mismo!" Vinieron dos obreros, haciendo varias veces la señal de la Cruz le taparon los ojos y la cabeza de la imagen y luego, en un momento, la columna e imagen estaban al suelo en pedazos. Me impresionó la finura un tanto rara de aquellos obreros.

Regresó de Roma Don Ignacio a pasar las Navidades, terminada la primera etapa del Concilio. ¡Que tertulias hablándonos de las sesiones con tantos obispos del mundo entero, del Padre, de Don Álvaro y de la extensión de la Obra!...todo nos llevaba a dar gracias a Dios.

Poco después, por deseo del Padre, se alquiló una casa de planta baja y en ella se establecieron un grupo de la sección de mujeres del Opus Dei, con la Srta. Carmela Aspíllaga, a la cabeza.

El Centro se llamó "Condoray" y comenzaron a hacer una gran labor en el Valle de Cañete. Una de las primera chicas que se juntó a ellas fue Ester, hija de padres japoneses; hace años que está

en el Japón en un Centro de la Obra. La labor de Condoray creció rápidamente y pronto tuvieron que construir el más amplio local actual.

La Casa Prelaticia iba terminándose y la Catedral también. Don Ignacio iba adornándola con macetas de flores y se le ocurrió hacer él mismo una pecera para peces de colores. El P. Plácido todavía recordará las veces que tuvo que ir al vidriero, por más vidrios. Luego vino la afición por las jaulas de canarios y canarios de varios tonos de color y de trino. El P. Bienvenido, con su sonrisa y buen humor, cuidaba los canarios y las jaulas, me imagino, sin duda que tampoco lo olvida.

Un día los obreros haciendo barro en el jardín, para poner cocada en los techos, encontraron una piedra grande y cóncava. Me llamaron y la hice desenterrar. Era toda la parte superior de la Pila Bautismal antigua, con una inscripción en el borde, que recuerda el año y el nombre del segundo Obispo de Lima, Jerónimo Loayza. Faltaba sólo el pedestal. Don Ignacio diseñó un Pedestal de cemento recubierto de tiras de madera y se colocó a la entrada derecha de la Catedral, rodeada de una verja circular, que la protege y se utiliza esta joya histórica para bautizar.

LA PASIÓN DE CAÑETE

Con el feliz éxito de una Semana Santa en la Catedral terminada se nos ocurrió hacer conocer mejor la Pasión y Muerte del Señor por medio de una obra teatral, en la que la gente de Cañete actuara. A Don Ignacio le pareció buena la idea y me animó a escribir la obra. Un carpintero montó con madera el escenario delante de la fachada del Obispado, frente a la plaza. Fui buscando los actores según me parecían mejor por su forma de ser: Jesús sería el Dr. Aguayo; Pilato sería otro médico, Dr. Liria; Anás, un hacendado, Caifás, un carnicero gordo, Barrabás, otro carnicero de la Plaza del Mercado, el Centurión, el Sr. Mendoza, de la ferretería; el Cireneo, Don Paulino, un hombre moreno muy piadoso, la portera del palacio de Anás, que tentó a San Pedro, la Srta. Luzmila Díaz conocida por todos por "la Chata": y así unos, otros y otras, hasta 72 actores, que

no habían actuado nunca en las tablas. Eran personas corrientes de todas las capas sociales y este fue el primer éxito: unir a ricos y pobres, sin distinción, en un gran acontecimiento: La Pasión de Cañete.

Después de muchos ensayos, mientras se diseñaban los vestidos y túnicas de los actores y se cosían en el taller de la Sra. Maruja Dibós, el Domingo de Ramos del año 1965 se tuvo la primera representación, ante la multitud admirada, que llenaba abarrotada la Plaza de Cañete.

Creo que nunca podré olvidar los abrazos emocionados que nos dimos, al cerrar el telón, ricos y pobres; cholos, negros, blancos y ojos rasgados, en el mismo escenario. ¡Que alegría, cuánta emoción por el éxito!

Al tercer año ya se había medio construido el gran escenario en el complejo del ACAR, en el terreno comprado a la Hacienda Montalbán, y allí con más holgura y más cómodo para el público, se hizo la representación.

TERCER INTENTO

Siguiendo la carretera Panamericana Sur, después del ACAR hay una acequia grande; luego vienen el terreno y edificios de Condoray, una calle y seguido todo el complejo de edificios de valle Grande, que lo regentan numerosos y agregados de la Obra. Luego seguía la Hacienda Montalbán.

Se solicitó al dueño, que era Don Pedro Beltrán, estadista y buen amigo, que nos cediera una parte, para construir el tantas veces soñado Seminario de la Prelatura. Lo donó y los arquitectos comenzaron hacer pruebas, sobre la solidez del terreno. Era un terreno pantanoso y el agua estaba a 80 centímetros del suelo. Calcularon que cada columna exigía una plataforma o zapata de 20 m². No tenía entonces drenaje toda aquella zona hasta el mar y de nuevo quedaba en suspenso la obra y es que no teníamos dinero para tanto gasto.

Fuimos mirando posibilidades por el ancho valle. Un día conversando con hacendados nos enteramos, que ellos habían construido un colegio en Nuevo Imperial, para los hijos de

hacendados y que estaba cerrado hacía tiempo, porque al tener que ir los hijos mayores a Lima, para seguir estudios, los hacendados habían llevado también a los hijos menores, para no separar la familia y el colegio se quedó sin alumnos. Con Don Ignacio fuimos a ver el colegio y vimos que, con unas obras de ampliación, quedaría perfecto.

El P. Samuel atendía la Misa de los domingos en la Hacienda de Haytará y el dueño era el Sr. Ramos, que era también Presidente del Centro Experimental y del colegio adjunto. Conversó con él sobre el colegio y la posibilidad de convertirlo en Seminario y darle así un buen uso. Definitivamente le pareció buena la idea.

Don Ignacio habló con el Sr. Ramos y con los otros hacendados y generosamente donaron el edificio y terreno de su colegio, para hacer -por fin- el Seminario de la Prelatura. ¡DEO GRATIAS!

Fueron los arquitectos y dejando igual la fachada y primer cuerpo del antiguo colegio, lo ampliaron para construir el pabellón de aulas y dormitorios y otro pabellón, para comedores y demás. Nuestro sueño empezaba a hacerse realidad.

¡Por fin teníamos el tan soñado Seminario! Enviamos a Roma, a San Josemaría Escrivá de Balaguer, fotografías de los seminaristas en las aulas, en el oratorio y jugando alegres en los campos deportivos.

¡Qué alegría la que dimos al Padre! Nos escribió animándonos a formarlos en virtudes humanas y en detalles de cosas pequeñas, mientras iban creciendo aquellos muchachitos; que amaran mucho a la Virgen Santísima y le ofrecieran pequeños sacrificios de la vida ordinaria.

Gozosos de esta realidad tangible, preparada durante los cinco primeros años de labor sacerdotal en el Perú, continuamos con renovada esperanza el trabajo en toda la Prelatura. Pero bien es cierto que cuando podíamos, nos escapábamos al Seminario a ver a los alumnos de nuestras parroquias y a jugar partidos de fútbol con ellos. Don Ignacio era buen deportista y descansaba y se divertía, cuando le era posible, jugando con los muchachos del Seminario, a la

vez que los iba formando en virtudes humanas y deportividad. Así los iba tratando y conociendo en un ambiente familiar muy grato.

Durante el Concilio Vaticano II por el Papa Juan XXIII, Don Ignacio tuvo que ir a Roma, para participar en las sesiones conciliares, que fueron de tanta importancia para toda la Iglesia.

Estando en Roma, un día nuestro Padre le dijo que quería donar a la Prelatura de Yauyos, una imagen de la Santísima Virgen María, Madre del Amor Hermoso; que la haría un hijo suyo escultor y deseaba que tuviera fisonomía y rasgos propios de la gente de nuestra serranía andina, para que la sintiera más familiar y la quisieran mucho.

Seguidamente nos escribió Don Ignacio contándonos y pidiendo fotos de mamás jóvenes de nuestros Andes. ¡Nuestra alegría fue enorme! Le enviamos enseguida fotografías del Sur del Yauyos y retazos de tela incaica.

San Josemaría nos envió la Imagen una vez terminada. Está moldeada con cemento y resinas. Representa una mujer joven, de tamaño natural, sentada y con el Niño Jesús en los brazos, muy bien decorada al estilo incaico: morenita de perfil, cabello negro y dos trenzas que bajan sobre su pecho, adornado con una greca de color rojo. Realmente es muy hermosa e inspira confianza y devoción.

Merecía un gran Santuario, pero de momento construimos una Ermita, al lado del Seminario, para darle culto enseguida. La llevamos a la Ermita, que está a siete kilómetros de la ciudad, en procesión multitudinaria con una gran carroza, escoltada por briosos caballos de paso peruano, montados por elegantes chalanos y acompañada por miles de habitantes de todo el valle y la provincia.

A la Ermita iban constantes romerías a rezar a la Virgen y la cuidaban con ternura los alumnos del Seminario Menor.

La devoción a la Virgen donada por San Josemaría, se fue extendiendo más y más entre la gente de la Prelatura, al mirar aquella Imagen incaica de rostro morenito y con trenzas. Les era familiar y la querían mucho.

UN AMIGO EMPEÑOSO

Don Ignacio de viaje a Roma, para las sesiones del Concilio, pasó por España y enseñando fotografías de la Prelatura a un amigo, éste le dijo: "Ahora que vives en la Costa, mejor que cambies de carro y tengas un Mercedes como el mío, ique menos para un obispo!" y le dio el dinero para el Mercedes.

Un tiempo después le escribió el amigo: "¿Qué tal te va el Mercedes?".

Don Ignacio le contestó enseguida: "Perdóname, pero no tenía con qué terminar las obras del Seminario, porque ya tenemos dos cursos con 60 alumnos y tu dinero se fue en cemento y ladrillos". A vuelta de correo el amigo le contestó: "Lo comprendo, Ignacio; pero te envío otra cantidad igual, para que compres un Mercedes y viajes más cómodo que con tu Land Rover".

Pero 60 muchachos en el Seminario necesitaban mucha comida y otras cosas. Por esto, cuando el amigo le preguntó de nuevo por el Mercedes, le contestó Don Ignacio con una carta amable: "¡Se lo comieron los alumnos del Seminario!".

Entonces el amigo, ya no se fió más.

Le envió por barco un Mercedes hecho y derecho, a El Callao. Y Don Ignacio anduvo unos meses luciendo el Mercedes por Cañete y Lima, con envidia de otros obispos y arzobispos. Él, pensó que tenía que cambiarlo por otro carro bueno, pero más modesto, que no llamara tanto la atención.

Esto nos demuestra una vez más la sencillez con que Don Ignacio mostraba las facetas de su humilde pero insigne personalidad.

LA SORPRESA DE UN "BIG-BANG".

A mitad de aquel año de 1968, la Santa Sede "explotó", en Cañete, algo así como una réplica del Big Bag en pequeño, pero suficientemente fuerte, para producir unos cambios sorprendentes

de obispos: Mons. Luis Sánchez-Moreno Lira, que era Obispo Auxiliar de Chiclayo, fue nombrado Obispo-Prelado de Yauyos-Cañete. Nombró a Mons. Orbegozo Obispo de Chiclayo, a novecientos kilómetros hacia el norte del Perú. Y a mí, a novecientos kilómetros hacia el sur, Obispo de Abancay.

Veamos el resultado de aquella "explosión", en cuanto a sacerdotes seculares:

El nuevo Prelado de Yauyos encontró en Cañete un Seminario floreciente y en pocos años pudo ordenar los cuatro primeros sacerdotes nativos. Y luego seguir ordenando a más de sesenta.

Mons. Orbegozo en Chiclayo encontró, en el Palacio Episcopal, el inicio de un Seminario con tres o cuatro alumnos, y con sacerdotes de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, que le acompañaron desde Cañete. Posteriormente construyó un Seminario y lo puso a volar muy alto, ordenando en pocos años, antes de morir, algunas docenas de sacerdotes.